

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO I
NUM 44

40 Cents.

20 DICIEMBRE
1925



Ayuntamiento de Madrid

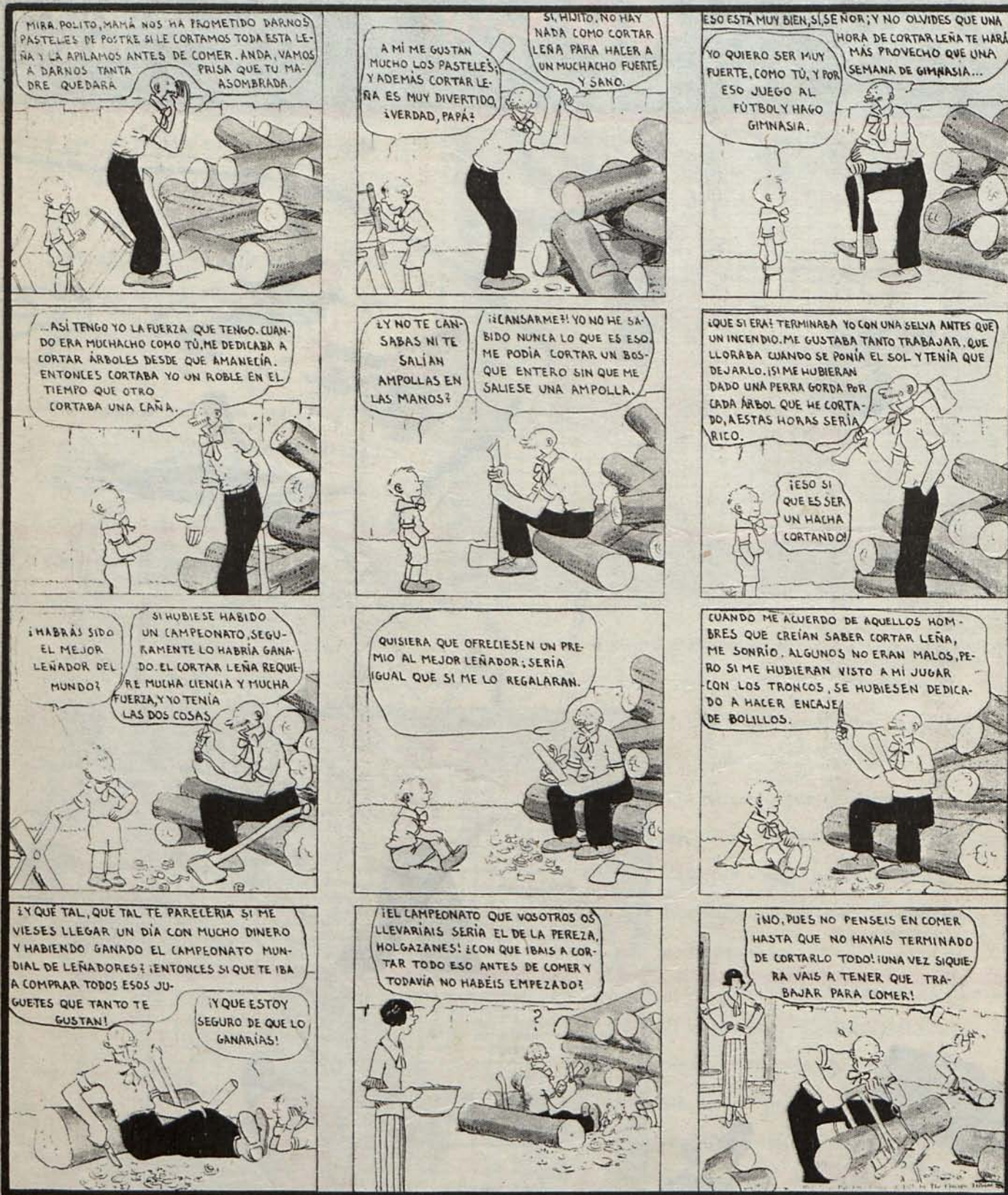
VEASE LA EXPLICACION DE ESTOS DIBUJOS EN LA PAGINA SIGUIENTE

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIÁN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS OTROS PAÍSES. AÑO 30 PESETAS.



PELAGIO CARAMILLO Y FAMILIA



PINOCHO EN LA ISLA DE "LA CARABA"

Explicación del dibujo de la cubierta.

(Continuación.)

Dando vueltas Pinocho por la isla llega hasta una espléndida playa. Se acerca, mira, observa, ve y casi le da un ataque de risa. Los bañistas, en vez de quedarse sólo con su trajecito de baño, se ponen grandes chisteras y grandes gabanes, y... ¡al agua!

En cambio, para los días de lluvia, nada de gabardinas con travilla; nada de paraguas con puño de cabeza de loro o de perro... Lo que hacen los habitantes de «La Caraba»

es quedarse ligeritos de ropa y levantar los bastones como si fueran paraguas. ¡Y lo hacen en serio!!

Pero la extrañeza de Pinocho llega al colmo cuando va a cruzar una calle de la isla y se encuentra con que los guardias tiran de los carros y los caballos manejan la porra ágilmente para contener el paso de los vehículos. ¡Y qué bien lo hacen los guardias y los caballos!

(Continuará en el número próximo.)



PINOCHO Y LOS DEPORTES



Crónica deportiva.

POR DUX

Querido lectorcito: ya estoy yo aquí, como todas las semanas, para charlar un rato, no muy largo, de los deportes.

La situación futbolística de los campeonatos regionales sigue sin solución. Luchando con una fatalidad imponderable, una de esas fatalidades tan futbolísticas, el «Racing» madrileño sucumbió ante el «Athlético», madrileño también, en los terrenos del Stadium Metropolitano.

Indudablemente, el «Racing» debió ganar; pero una vez más en la historia del fútbol, venció el que peor labor realizó en el terreno de juego.

La «Real» donostiarra ha sufrido una derrota frente al «Osasuna» pamplonés; este percance viene a mermar la ventajosa situación que los del campo de Atocha tenían sobre los iruneses.

Los gallegos están pendientes aún de un arreglo, y por esta razón, no lucharon vigueses y coruñeses.

Algo habrá cuando leáis estas líneas que os interesará sobre el profesionalismo futbolístico. La Asamblea nacional dirá algo interesante sobre este particular. ¿Arreglará el «asunto» con claridad y concisión?

Mucho me temo que no.

El pugilismo nacional sigue en situación bien crítica. Paulino, después de su combate con el campeón alemán, sólo espera la ocasión de enfrentarse con el campeón europeo Spalla.

Aunque es de suponer que el italiano abandone su título sin lucha. Tal es la impresión que Spalla recibió del combate que Paulino hizo con Nilles, que a partir de aquel día todo son demandas de aplazamientos por supuestas enfermedades, y hoy hablan ya los periódicos italianos de una operación a Spalla, que le privará de un dedo, quedando, por tanto, inútil para la lucha.

Antonio Ruiz prepara su viaje a América, en donde es de suponer que los enredos de mangoneadores sin escrúpulos le sean menos molestos que en su propia patria.

El Torneo madrileño de PINOCHO está próximo a reanudarse, pues una sociedad madrileña deportiva y entusiasta cederá su campo de juego para que el Torneo se lleve feliz y rápidamente a cabo.

Seguramente en cuanto la cesión sea oficial, la marcha del Torneo se forzará de tal forma, que en una misma semana se jugarán cinco y hasta seis partidos.

Los equipos escolares, esto es, los formados por estudiantes, podrán jugar los jueves por la tarde y los restantes jugarán sólo los días festivos.

La nieve abundante y en magnífico estado es como un reclamo, al cual acuden legiones de alpinistas que aprovechan lo prematuro aún de la nieve para lanzarse por las pendientes sobre unos «skis» o un trineo.

Málaga.

En el campo de los Salesianos jugaron un interesante partido los equipos «Alfonso XIII» y «Racing».

El dominio fué alterno, y la labor de ambos equipos bonita; si bien el «Alfonso XIII», al ver perdida la partida, arremetió de una manera que no es precisamente las que aconsejan las leyes del fútbol.

El resultado fué 2 a 1 a favor del «Racing».

Este hizo una actuación brillante, afirmando la fama que tiene de ser uno de los más notables equipos de la localidad, pues algunos de sus jugadores son consumados baloncestas, y con su arte y entusiasmo conducen a su equipo a la victoria.

Se distinguieron Plaza, Gálvez y Navas.

El «Alfonso XIII», a ratos, estuvo bien y se ganó algunas ovaciones, pero eso fué, lo repetimos, sólo a ratos.

Los mejores fueron Toro, el portero, que trabajó admirablemente a pesar de su derrota, Vicarías y Martínez.

El árbitro, que por cierto lo hizo regular, fué Lolo, del «Sporting».

«F. C. Malagueño», 1;

«Victoria Eugenia F. C.», 1.

Se jugó un partido de campeonato, grupo B, entre el «Malagueño» y «Victoria Eugenia».

Celebróse el encuentro en el campo de los Baños del Carmen, y con un público apañadito.

El dominio fué alterno; las jugadas vistosísimas por parte de los dos equipos; nada de violencias ni tropelías; los aplausos, numerosos; el público, correcto, y el árbitro, señor Ferreras, imparcial; los «goals» hechos por el «Malagueño», 5, y 1 por el «Victoria Eugenia».

El «Victoria», a pesar de su derrota, jugó limpiamente, sacó a relucir sus magnas jugadas filigranadas que tanta fama le dieron; hizo una defensa admirable, y sus ataques los llevó enérgicos y peligrosos.

Los mejores fueron Fernández, Amate y Rodríguez.

Los demás, bien.

El «Malagueño» jugó estupendamente, con técnica y combinas superiores que el respetable aplaudió complacido; el entusiasmo y unión que tenían, unido a las excelentes cualidades del portero, que no dejaba pasar un balón, y a los tan bien dirigidos ataques de la delantera que ponía de continuo en peligro la meta victoriana, los llevó a la victoria.

Los mejores: Angelillo, Casero, Fuentes y Andrades.

MELENITAS.

Nuestros colaboradores.

Deportes atléticos. El lanzamiento de Jabalina.

El Disco y la Jabalina son dos pruebas de lanzamiento que se practicaron en tiempo de los Césares; ésta última, de la cual vamos a tratar, no sólo se limitó a servir en las pruebas atléticas, sino también fué usada como arma, en las encarnizadas luchas de la Grecia.

Esta prueba, aunque como se ve, muy antigua, sólo fué bien practicada en estos días de apogeo deportivo, desde la Olimpiada de 1908, donde el sueco Lemming hizo uso de una técnica insuperable, y poco después, el finlandés Myrra logró batirlo, pues además de ser más joven y fuerte que el otro, unió a su estilo una gran maestría, y por ella obtuvo la victoria.

La Jabalina es una barra de madera fuerte y un poco flexible, terminada en uno de sus extremos en una punta de acero; su longitud es más o menos de uno cincuenta metros. A pesar de ser sólo una flexible barra de madera, es difícil el llegar a ser un buen lanzador, pues no sólo es lanzar la barra, como cualquier objeto, sino conocer y estudiar su técnica, la cual, aunque no muy complicada, ofrece cierto trabajo al que se especializa.

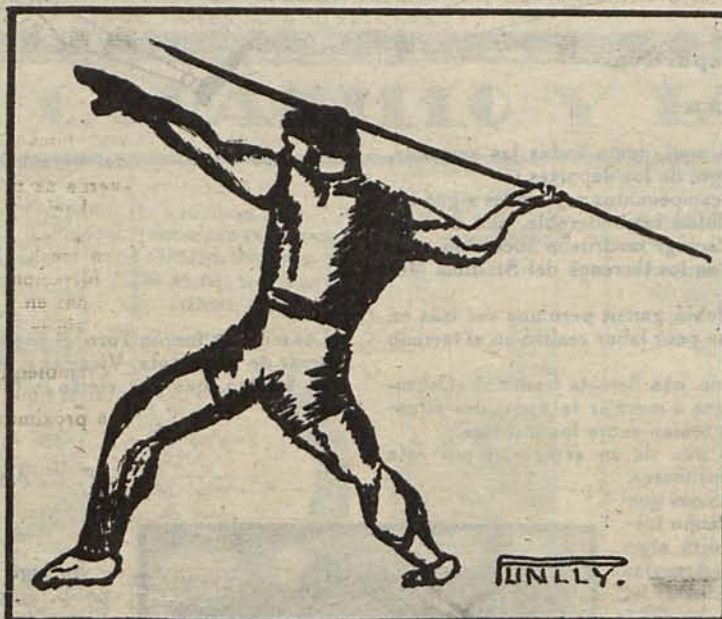


Miss Eva Mortimer, joven jinete, de 8 años de edad, que en el Gran Concurso Hípico Internacional, celebrado recientemente en el Hipódromo Norte de Nueva York, ha logrado un lazo de honor por su singular destreza hípica.



El impulso, parte esencial del lanzamiento, se toma generalmente sobre una distancia de diez metros; al empezar la prueba se ve al atleta prepararse aguardando su turno de saltar; cuando éste llega, se le ve partir a zancadas no muy rápidas, las cuales va acortando conforme se acerca a la línea de tiro; al pisar ésta se detiene, levanta la pierna derecha lentamente, mientras balancea la jabalina, y luego, cuando poco a poco se va restableciendo el equilibrio, y cuando está ya casi sin movimiento, se le ve rápidamente bajar la pierna derecha, la barra va hacia atrás, da un paso hacia adelante, y con un brusco y potente movimiento de los miembros inferiores, el tronco y los miembros superiores lanza la larga flecha, la cual, libre ya, se eleva hacia el espacio haciendo espirales, y con la acerada punta siempre adelante como si quisiera hacer presa en algo; luego, atraída por la gravedad, se desliza y cae en tierra, vibra un poco y después se queda clavada horizontalmente.

En la Jabalina parece ver al ave herida, falta de fuerzas, que, abatiéndose en tierra, donde al caer tiembla, se estremece en la agonía y por fin queda inerte.



El «Pinocho» sigue triunfando.

El domingo día 29 se jugó un partido amistoso entre los equipos «Club Pinocho Sporting» y «España Invencible».

Empezó el partido a las tres y media. Se alinearon los equipos así: «Club Pinocho Sporting»: Ruiz; Cela, Peña; Ascandoni, Duque, Guzmán; Certales, Gordo, Félix, Ascandoni (I.), Sabroso.

«España Invencible»: Rodríguez; Martínez, Sandual; Quiñones, Quiñones (A.), Miranda; León, Fernando, Senén, Grado, Rojo.

El partido estuvo reñidísimo. Resultando vencedor el primero, por 5 «goals» a 2. ¡Viva el «Pinocho»!!

El árbitro, Sr. López, bien e imparcial.

VILUSAN.

Un nuevo equipo pinochista en Gijón.

Se ha formado un nuevo equipo pinochista en Gijón, integrado por Angel, Manso, Alfonso, Carlos, Emilio, Manolo, Manolo (C.), Herrera, Enrique, Antonio y Pepe. Este equipo se denomina «El Pinocho Invencible».



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quiero saber, amigo buho, por qué oímos mejor cuando cerramos los ojos.

—Bien, contestaré a tu pregunta. Pero dime primeramente: ¿crees tú que el sonido se agranda o cobra mayor intensidad, es decir, se hace más fuerte, cuando entornamos los párpados?

—Así lo creo, querido buho. El otro día estuve con Pinocho y Pirula, en el palacio de aquél, y Pirula cantó, acompañándose del piano, varias cosas interesantísimas: aquello de *cuatro duques la llevaban, Rey moro tenía tres hijas, la viudita se quiere casar...* Era de noche, y como Pinocho es siempre tan ingenioso, sé le ocurrió pensar: «¿Y si apagásemos las luces? A caso oiríamos mejor lo que canta Pirula». Así lo hicimos, y como Pirula canta y toca el piano, aunque ello parezca increíble, lo mismo al sol que a la sombra, lo mismo a la luz de un arco voltaico que en la más perfecta oscuridad, continuó *Rey moro tenía tres hijas* sin equivocarse, ni en una nota ni en una letra. Entonces pude observar que oía mejor, con más claridad, en la oscuridad, el canto de Pirula.

—¿Y crees que Pirula aumentó la voz?

—No sé, pero el caso es que yo oía más claramente.

—Querido curioso Chonón: Pirula no aumentó su voz; siguió cantando, sin duda, lo mismo que al principio, y tú la oíste, sin embargo, más claramente. ¿Por qué? Voy a explicarte: Cuando el cerebro está realizando una operación le es indispensable prescindir de todo lo demás que le rodea. Cuando tú estás estudiando, necesitas, naturalmente, que nada te distraiga, para que tu atención recaiga íntegramente sobre el libro. Pues imagínate oyendo a Pirula, en su palacio. Es de noche, las luces se hallan encendidas, Pinocho está frente a ti, meditativo, en una butaca, y aunque mucho te cautiva la voz de Pirula, hay cosas en el salón que vienen a desviar tu atención. Mientras canta Pirula observas, a veces, sin darte cuenta, la nariz del héroe, pasas tu mirada por un retrato, te maravillas ante una consola, reparas en el barniz del piano... Ello te resta atención y no oyes bien. De pronto cierras los ojos, o apagan las

luces. Ya no tienes nada que te distraiga, y el canto, la música, el ruido, lo que sea, puedes percibirlo mejor, íntegramente. Por eso oímos más claramente con los ojos cerrados; pero ello no quiere decir que los sonidos se hagan más intensos cuando entornamos los párpados.

—Oye, querido buho: ¿entonces los ojos no tienen ninguna relación con el oído?

—No, amigo Chonón; ninguna. Son dos sentidos completamente independientes.

—Pero los sentidos tienen cierta relación entre sí, ¿no es eso?

—Exacto.

—Pos eso los ciegos, los pobrecitos ciegos, tienen por regla general un oído finísimo y un tacto maravilloso.

—¿Y por qué?

—Porque la bondad de Dios es infinita, y la potencia del sentido de la vista la añade a los demás sentidos para dulcificar en parte su desgracia.

—Y tú, buhito, ¿oyes bien?

—Maravillosamente, sobre todo durante el día, que es cuando veo menos.

—¡Por eso abres tus ojos desmesuradamente!

—Pero fíjate que mi pupila es como la de los gatos, y durante el día se contrae mucho.

—¡Sabes amigo buho que eres todo un sabio!

—Pchs..., nada más que un poquito ilustrado.

—¿Me instruirás a mí?

—Porque no, tú pregúntame...

—Sólo una preguntita, para terminar.

—Dime.

—Los pájaros, ¿cantáis siempre igual?

—No, hijito. El pájaro no canta; lo que vosotros llamáis canto, es su medio de expresión; unas veces canta para llamar a sus hijitos, para reunirse con su compañera; otras veces de rabia, otras de hambre. Es su lenguaje, su medio de expresión.

LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

Su carne es poco apreciada, pues es muy grasienta e impregnada de un olor poco agradable; pero a pesar de ello la comen con bastante frecuencia los pescadores.

A los fuertes arponazos de Vicente el enorme pez cesó de estremecerse. Una gran mancha de sangre se prolongaba al través de las aguas fosforescentes, haciendo palidecer las luces que emanaban las noctículas y las medusas.

El patrón Vicente, ayudado por los dos pescadores, hacía esfuerzos prodigiosos para subir la pesca a bordo; pero no lo lograba a causa de la fragilidad de la canoa, que podía volcar con su peso, lo cual no era prudente en medio de aquel canal oscuro y sin lugar a propósito para atracar.

—Contentémonos con cortarle un buen trozo para hacernos la cena —sugirió el doctor—. No vale la pena perder tanto tiempo para coger un pez, al fin y al cabo, poco sabroso.

Los pescadores siguieron su consejo. Vicente enarboló un hacha y con ella cortó una gran tajada de la parte posterior del pez-luna y la dejó en la chalupa, abandonando el resto para que sirviese de pasto a los demás peces del canal.

Pocos momentos después, Miguel y Roberto se aferraban de nuevo a los remos e impulsaban vigorosamente la canoa hacia adelante.

La galería comenzaba a cambiar. Ya no era tan amplia como antes, ni tan regular en sus paredes. La bóveda se hacía con frecuencia sumamente baja y mostraba en muchos puntos salientes y grandes hendiduras, mientras ambas paredes iban estrechándose más cada vez.

Parecía como que la galería iba a terminar de un momento a otro. Seguramente, los hombres que habían acometido aquella empresa colosal, habían paralizado los trabajos por cualquier causa antes de abrir una desembocadura en las aguas del Adriático.

Todavía pudo avanzar la canoa durante media hora más, y después, casi de improviso, el túnel se estrechó de tal forma que era imposible pasar más allá. Pero aún no terminaba.

Una galería estrecha se prolongaba todavía, en dirección a Brondolo, según los cálculos del doctor; pero era tan estrecha que no permitía el paso de la canoa.

—Hay que volver —dijo el señor Bandi—. Ha terminado nuestra exploración hacia el Este.

—¿Por qué no habrán terminado del todo esta galería? —preguntó Vicente.

—Sólo el capitán Gottardi podría decirlo; pero como hace tantos siglos que ha muerto, es imposible preguntárselo —dijo el doctor riendo—. ¿Quién sabe? Quizá no haya querido terminarla y abrir su desembocadura en el mar por temor a que fuese descubierta por los venecianos y se apoderasen de ella.

—Pero ¿creéis que termine aquí este túnel por completo?

—Sospecho que pueda tener alguna comunicación con las aguas del Adriático. Pero será tan sumamente estrecha que no permita siquiera el paso de un buzo.

—¿Volvemos?

—Sí, Vicente. Ya hemos conseguido saber que el canal termina en el Adriático; ahora vamos a ver por qué parte del Mediterráneo termina. ¡Ea, ánimo, muchachos!... Este va a ser un estupendo viaje por debajo de la península.

CAPITULO VI

EN LAS ENTRAÑAS DE ITALIA

Favorecidos por la corriente que descendía hacia el Mediterráneo, los cuatro intrépidos exploradores llegaron pronto a la caverna donde habían embarcado, y después de hacer allí una breve pa-

rada emprendieron el viaje nuevamente, resueltos a efectuar hasta su término la travesía del maravilloso canal.

Al otro lado de la caverna se prolongaba el túnel en línea recta, con una ligera inclinación hacia el sudoeste. La amplitud de su bóveda era completamente regular, y las paredes perfectas; pero después de adelantar un buen trecho, advirtieron los navegantes que había por muchos lados filtraciones que caían gota a gota, y hasta en algunas partes convertidos en verdaderos chorros de agua.

Con toda seguridad, las rocas que formaban la bóveda eran de naturaleza muy porosa, pues dejaban pasar el agua de los valles de Zenare y Porzile, y quizá también del canal de Parzone, porque según los cálculos del doctor el túnel debía pasar bajo aquellos terribles pantanosos y bajo las proximidades de aquella corriente artificial.

El efecto que producía aquella especie de lluvia era extraordinaria, un poco emocionante, especialmente para aquellos tres pescadores. El rumor del agua se propagaba bajo la bóveda infinita con una monotonía desoladora, que irritaba los nervios.

Sin embargo, pronto cesaron aquellas filtraciones, indicio cierto de que el canal se prolongaba bajo la tierra firme.

—¿Dónde creéis que nos encontramos en este momento? —preguntó Vicente al doctor, que estaba mirando atentamente un mapa de la provincia de Adria.

—Debajo o muy cerca de Cavazzare —dijo el señor Bandi.

—¿Ya?

—La corriente nos lleva con buena velocidad, Vicente.

—¿Oís? Vuelven a comenzar otra vez las filtraciones.

—No me extraña.

—¿Por qué?

—Debemos estar ahora bajo el río Adige.

—¡Por mil merluzas...! ¡Brrr!

—¿Qué te pasa, Vicente?

—Estaba pensando en el lecho de ese río.

—¿Qué quieres decir?

—Que si estas bóvedas las corroyese el agua del río y se nos vertiese encima...

—Pues moriríamos como topos sorprendidos en su madriguera por una lluvia torrencial.

—Hacéis, doctor, que se ponga la piel de gallina.

—¡Oh!, no hay peligro por el momento, Vicente. Si estas bóvedas han resistido durante tantos siglos, no pienses en que hoy se nos hundan encima.

Señor —dijo de pronto Miguel—. A nuestra derecha se ve una abertura.

El doctor se volvió vivamente, elevando la antorcha para ver mejor. Una gran abertura, capaz de dejar paso a una nave de regulares dimensiones, se abría en una de las paredes del canal.

Parecía que no había sido construida por la mano del hombre, pues sus bordes eran sumamente irregulares y dentellados. Probablemente conduciría a alguna gran caverna natural.

—Vamos a explorarlas —dijo el doctor—. Quizá encontremos un sitio donde observar y descansar con mayor comodidad.

La canoa viró a babor y penetró por aquella brecha del canal, muy lentamente, por temor a que cualquier roca escondida bajo el agua rasgase la tela que le servía de revestimiento. Atravesada aquella especie de puerta halláronse los navegantes en una caverna tan grandísima que no era posible descubrir su fin.

—¿Dónde estamos? —preguntaron los tres pescadores, llenos de inquietud.

—En un largo subterráneo —respondióles el doctor.

—Parece que es inmenso —exclamó Vicente.

—Le vamos a explorar, amigos. Intentemos virar a estribor.

—¿Habrá peces también aquí?

—¿Por qué no, Vicente?

—Serán ciegos todos ellos, seguramente; con esta oscuridad no les servirán de nada los ojos.

—Te engañas, Vicente. ¿Crees tú que los peces y los moluscos





que viven en los abismos más profundos del Océano, allí donde no les llega la luz del sol, son ciegos? En un tiempo llegó a creerse eso, pero después de las campañas de Travailleur se han hecho curiosos descubrimientos a propósito de los peces que viven en las más profundas tinieblas bajo el agua. Se han pescado peces que estaban dotados de verdaderas lámparas, que podían encender y apagar según su voluntad.

—¡Oh, doctor...

—Sí, Vicente. Esos peces, en vez de ojos tienen ciertas placas transparentes, recubiertas de una piel muy sutil llena de un líquido que se hace luminoso bajo la influencia del encéfalo.

—Entonces podríamos decir que están provistos de linternas sordas, que manejan a su capricho.

—Sí, Vicente.

—¡Tened cuidado...! —gritó en aquel instante Roberto—. Mi remo ha tocado el fondo.

—Quizá estemos cerca de alguna orilla —dijo el doctor.

Alzó su antorcha y extendió el brazo hacia adelante. A una distancia de treinta o cuarenta pasos distinguió confusamente escollos y alguna que otra roca que se alzaba algo más allá.

—Quizá podamos desembarcar —añadió—. Remad despacio, y tú, Vicente, echa la sonda.

El pescador se armó de un bichero y desde la proa lo fué sumergiendo de vez en cuando para sondar la profundidad del agua.

Algunos pequeños escollos, de puntas cortantes y afiladas, se veían a derecha e izquierda, amenazando desgarrar el tejido impermeable de la canoa, y detrás algunos bancos de arena que se extendían a lo largo en el sentido de las orillas.

Maniobrando con infinitas precauciones, después de algunos minutos, los navegantes llegaron frente a una orilla baja y arenosa, flanqueada por altísimas rocas que se perdían de vista en la inmensa altura de la bóveda.

El agua del lago, ligeramente agitada, quizá por el flujo del mar que se hacía sensible en el canal, iba a morir sobre la arena con un murmullo monótono que repetía el eco de la bóveda.

El doctor descendió a tierra empuñando la antorcha y dirigió una mirada a su alrededor. Vicente le siguió inmediatamente, armado con su hacha. Parecía como si el buen pescador no se fiase mucho de aquella cueva, y que temiese el encuentro de cualquier duende o alguna otra cosa de peligro.

—¿No habrá aquí nadie, doctor? —dijo, parándose.

—¿Crees que haya por aquí algún tigre o león? —dijo el señor Bandi, riendo—. Acaso haya algún topo por ahí, en el fondo de esta caverna, que tenga alguna comunicación con la superficie de la tierra.

—De los topos no tengo miedo, ¡había tantos en mi barca!

—Pues deja tranquilo el hacha, y mira: el lugar me parece muy a propósito para preparar la cena y dormir un poco.

—¡Hum...! ¿Y tendréis confianza suficiente para poder pegar los ojos?

—Claro, ¿pues que temes?

—No lo sé; pero os aseguro que nosotros velaremos esta noche.

—Haced lo que queráis —respondió el doctor.

Ataron la canoa a la punta de un escollo, y Miguel y Roberto desembarcaron llevando consigo una lámpara de alcohol, galletas, una botella de vino, queso y el pedazo de pez luna que iban a cocer en una cazuela para después condimentarlo con aceite y zumo de limón.

Preparada la cena por Miguel, que se había nombrado por sí mismo cocinero de la expedición, en menos de media hora fué devorada con un apetito envidiable, a pesar de que la carne del pez luna no fuese cosa exquisita.

Después de echar un parrasito y fumar, tendieron las mantas sobre la arena y se acostaron; los tres pescadores, habiendo desechado la idea de velar toda la noche, se tendieron también, sólo con la precaución de tener muy cerca de su lado los cuchillos y las hachas.

—¡Que descanséis! —dijo el patrón Vicente—. Espero que nadie venga a molestarnos en nuestro sueño.

—¡Sí, algún topo! —dijo el doctor Bandi, cerrando los ojos.

Poco después roncaban los cuatro, con ronquidos que hacían resonar los ecos de la galería.

El sueño de los tres pescadores no duró mucho tiempo, sin embargo. Con el temor de que les sobreviniese algún peligro, abrían de vez en cuando los ojos y se dirigían inquietas miradas a su alrededor, particularmente en dirección de las altas rocas, que en medio de aquella oscuridad, apenas rota por la pálida luz de una lámparilla, tomaban las apariencias de gigantescos fantasmas.

Se les figuraba que veían bailotear los duendes en las oquedades tenebrosas de las rocas, o que sombras siniestras vagaban sobre las aguas del lago. Aquel profundo silencio, sólo turbado por el sonido del agua, y las tinieblas, que parecían cada vez más densas, infundían un extraño pavor en el ánimo de los sencillos pescadores.

A pesar de todo, vencidos por el cansancio y más calmados por la tranquilidad reinante, terminaron por adormecerse uno junto al otro, muy pegados, para ayudarse mutuamente en el caso de que algún peligro les amenazara.

El doctor, por su parte, tan tranquilo como si durmiese en su blanca casita de Sottomarino, no abrió los ojos un solo momento.

Los tres pescadores, una vez vencido el primer temor que les sobrecogió, hubiesen continuado durmiendo también de igual suerte, si un acontecimiento inesperado no les hubiera desvelado bruscamente de aquel dulce reposo.

Dormitaban ya por espacio de algunas horas, cuando, de pronto, un ruido imponente les despertó. Parecía algo así como si una ola gigantesca se hubiera introducido en la caverna revolviendo la tranquila superficie del lago.

—¡Alerta! ¡eh...!

El doctor y los dos pescadores que estaban más próximos a la playa intentaron levantarse, pero se sintieron atraídos por una oleada, que después de haber pasado sobre sus cuerpos fué a quebrarse con un tremendo bramido contra la base de las rocas.

Cuando el agua volvió a bajar hacia la orilla y pudieron ponerse en pie, les envolvía una oscuridad intensa.

—¿Dónde está la linterna? —preguntó el doctor.

—El agua se la ha llevado —dijo Vicente.

—Pero, ¿qué es lo que ha sucedido? —preguntó Miguel.

—No sé explicároslo —dijo el doctor, sumamente embarazado—. Quizá haya sido producida esta oleada por alguna marea alta.

—O por algún gran desprendimiento —dijo Vicente.

—Pudiera ser.

—¿Caido, quizá, en el mismo canal?

—O en la extremidad de esta caverna —contestó el doctor—. Aún no conocemos la extensión que tiene este lago.

—Vamos a buscar otra lámpara a la canoa —dijo Vicente—, que esta oscuridad me pone la carne de gallina.

—¡Tened cuidado en no equivocaros!

—No tenemos que hacer sino bajar, doctor.

Vicente y Miguel se dirigieron a tientas hacia la orilla del lago y poco después llegaron al lugar donde debía hallarse la canoa. Encontrado el escollo al cual la habían amarrado, buscaron la cuerda.

De pronto un grito de terror salió de sus pechos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el señor Bandi, levantándose precipitadamente.

—¡Que... que... no está la canoa! —dijo Vicente, con voz ahogada.

—¿Que no está la canoa? —dijo el doctor, avanzando hacia ellos mientras un frío sudor le corría por la frente—. ¡Es imposible!

—¡Os digo que ha desaparecido! —dijo Vicente con angustia.

—¡Dios mío! —exclamó el doctor.

Después se lanzó como un loco hacia la orilla, chocando violentamente con los dos pescadores.

—¿Dónde está el escollo? —dijo.

—Aquí, señor —respondió Miguel.

—¿Y la cuerda?

—No está.

—¿Estáis seguros?

—Segurísimos —contestó Vicente.

—¿Quizá estéis engañados...!

—No es posible.

—¡Una cerilla, en seguida, una cerilla!

(Continuará en el número próximo.)





ABUQUIR, ABUSIR

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Conclusión.)

Hizo entrar a Abusir en la barca y lo llevó a la ciudad. El barbero se dirigió apresuradamente a palacio y entró en el Consejo. El rey estaba sentado en su trono, rodeado de sus guardias, apenadísimo y preocupado con la pérdida que había sufrido, y de la cual no se atrevía a informar a nadie.

—¿No había yo mandado que te echaran al mar? —gritó al verlo—. ¿Cómo has podido salir de allí?

Y Abusir le contó cómo el capitán se apiadó de él y lo dejó en casa, y todo lo demás que se ha indicado, hasta que aquél lo informó de las misteriosas virtudes del anillo encantado.

—Yo vengo, señor, a entregarlo —le dijo humildemente Abusir—, porque tu bondad y generosidad hacia mí no ha tenido límites, y el recuerdo de tales beneficios se ha grabado hondamente en mi corazón. Aquí está tu anillo; tómalo... Y si yo he cometido contra ti algún crimen que deba pagarse con la vida, dímelo, y después castígame; nadie te pedirá cuenta de mi persona.

Y diciendo estas palabras se quitó el anillo y se lo dio al rey. Este, conmovido ante tan noble acción, lo tomó, se lo puso en su dedo y sintió que en su espíritu renacía la tranquilidad. Se levantó y se arrojó al cuello de Abusir, exclamando:

—¡Verdaderamente tú eres vástago de noble raza! No me guardes rencor; perdóname la injusticia que te he hecho. Otro cualquiera en tu lugar, si se hubiera apoderado de este anillo, no me lo hubiera devuelto.

—¡Poderoso monarca —dijo Abusir—, si quieres que te perdone, dime, te lo suplico, cuál ha sido el crimen que ha suscitado tu enojo hasta el extremo de condenarme a muerte!

Créeme —respondió el rey— que estoy convencido de tu inocencia, porque después de tu generosa acción no se puede siquiera pensar en que seas culpable. Ha sido el tintorero el que me ha dicho tal y cual cosa... Y le informo de los chismes de Abuquir.

—Dios es testigo —exclamó Abusir— de que no conozco a ningún rey cristiano y de que no he tenido nunca intención de daros muerte. El tintorero era camarada y vecino mío en Alejandría. Pobres los dos, salimos de allí empujados por las dificultades de la vida. Recitamos juntos la *Fátiha*, comprometiéndonos a que el que trabajara alimentaría al otro; y me ha pasado con él tal y cual cosa.

Y le informó de todo lo sucedido entre ambos: cómo el tintorero lo robó y lo abandonó enfermo en el cuarto del *jan*; cómo lo había cuidado el portero del *jan* a su costa; cómo después de curado, cuando recorría la ciudad, vio una tintorería, ante la cual se apretujaba la plebe, y reconoció en el dueño de la tienda a Abuquir, a quien entró a saludar, y por quien fué golpeado y tratado de ladrón... En resumen, que le refirió lo que había ocurrido desde el principio hasta el fin.

—Y fué Abuquir, señor —continuaba—, el que me indicó la conveniencia de preparar la pomada y ofrecérmela. Era cierto que a mi baño sólo faltaba este detalle para ser perfecto. Pero sabe, ¡oh príncipe!, que esta droga es inofensiva: en nuestro país todos la usamos como accesorio obligado del baño; pero yo me había olvidado de esto. Cuando Abuquir vino a verme le dispensé buena acogida y él me recordó la cuestión de la pomada, excitándome a prepararla. Llama, señor, al portero del *jan*, haz venir a los operarios de la tintorería y pregúntales sobre los hechos que acabo de referir.

El rey hizo traer a su presencia a estos testigos y les preguntó; ellos le informaron de lo sucedido. Entonces mandó buscar al tintorero, ordenando:

—Traedlo ante mí, a pie, con la cabeza descubierta y con las manos atadas a la espalda.

Abuquir estaba en su tienda, muy contento por la muerte de Abusir, cuando de repente los soldados se arrojaron sobre él, lo acogotaron y lo condujeron al Consejo con las manos atadas.

Allí estaba Abusir, sentado al lado del rey, y enfrente de

él se encontraba el portero del *jan* y los criados de la tintorería.

El portero, señalando a Abusir, preguntó al malvado:

—¿No es éste tu compañero, a quien tú abandonaste enfermo en un cuarto de la posada y a quien tú robaste el dinero y le hiciste tal y tal cosa?

—¿No es éste —le dijeron los criados de la tintorería— el hombre a quien tú nos ordenaste sujetar y golpear?

El rey conoció claramente la perversa conducta de Abuquir y le pareció que su crimen merecía un castigo más severo que el de Múnkar y Nákir (1).

—Cogedle —gritó— y paseadlo por las calles y por los zocos; después, metedlo en un saco y arrojadlo al mar.

—¡Oh rey justiciero! exclamó Abusir—. Permíteme interceder en su favor; yo le perdono todo el mal que me ha hecho.

—Si tú —replicó el rey— lo perdonas, yo no puedo perdonarlo... ¡Cogedlo! —repitió.

Se apoderaron de él, paseándolo por la ciudad, y después lo metieron en un saco con cal y lo arrojaron al mar. Así murió el malvado Abuquir: ahogado y quemado a la vez.

—Pídemelo lo que quieras —dijo el rey a Abusir.

—Déjame volver a mi país —contestó—; no quiero quedarme aquí.

El soberano le hizo grandes presentes, que sobrepujaban con mucho a los ya recibidos de su generosidad; le dio un galeón lleno de riquezas y un equipaje de diez esclavos; y le llegó a ofrecer el cargo de visir, que el barbero no quiso aceptar. Se despidió del rey y se embarcó; todo lo que encerraba el navío, incluso la marinería, era propiedad de Abusir.

El barco no se detuvo hasta llegar a Alejandría, y ancló cerca de la ciudad. Bajaron todos a tierra. Un esclavo aperció un saco grande a la orilla del mar y dijo a Abusir:

—Señor, mira este saco que está cerrado: pesa mucho y no sé qué pueda tener dentro.

Abusir lo abrió y en él encontró el cadáver de Abuquir, que las olas habían empujado hacia Alejandría. Lo sacó y lo enterró cerca de la ciudad: levantó un mausoleo, instituyó legados piadosos para su sostenimiento y sobre la puerta de la tumba grabó unos versos que decían:

«Se reconoce al hombre por sus obras: las del hombre bien nacido son nobles como él.»

«Guardaos de maldecir, porque vosotros seréis también víctimas de la maledicencia. Lo que uno diga se dirá de él.»

«Evitad las palabras vergonzosas: que jamás formen parte de vuestros entretenimientos serios o frívolos.»

«¡Cuántas veces un hombre bien educado recibe los insultos de gentes que no valen lo que la suela de sus zapatos!»

«Se busca al perro que conserva sus buenas cualidades: por el contrario, se encadena al león a causa de su ignorancia.»

«El mar hace subir los cadáveres abandonados: la perla queda, en cambio, oculta en lo más profundo de sus arenas.»

«El gorrión se deja coger del gavilán sólo por irreflexión y aturdimiento.»

«En la India, en lo alto de una roca, está escrito: «El que siembra doctrina, la recoge.»

«No intentéis sacar azúcar del coloquinto, porque en el gusto se reconocería su origen.»

Abusir vivió todavía algún tiempo. Cuando Dios lo llamó a su presencia, fué enterrado cerca de la tumba de su compañero. Por esta razón se llamó a este lugar con los nombres de Abuquir y Abusir. Hoy es más conocido con el de Abuquir.

(1) Múnkar y Nákir: nombre de los dos ángeles que interrogan a los muertos en sus sepulturas y los atormentan. Al musulmán difunto le envía Dios, antes de que se le entierre, un tercer ángel que le case las respuestas que tiene que dar.

FIN DE ABUQUIR Y ABUSIR



EL ZAPATERO DEL CAIRO

CUENTO DE
LAS MIL Y UNA NOCHES (1)

Había en la ciudad del Cairo, la bien guardada, un hombre, que era zapatero remendón, llamado Maaruf; estaba este hombre casado con una mujer denominada Fátima, a quien por apodo decían *El Orro*, porque era una mujer perversa y mala, muy aficionada a riñas y cuestiones. Dominaba a su marido y cada día lo injuriaba y lo maldecía mil veces, por lo cual él tenía miedo de sus maldades y de su tiranía, pues era hombre discreto, que sentía vergüenza por su reputación, pero pobre en extremo. Cuando el infeliz trabajaba mucho, se gastaba con su esposa las ganancias; y cuando trabajaba poco, ella lo castigaba y hasta le pegaba, negándole el perdón y haciéndole pasar una noche tan negra como la lista de sus propias malas acciones.

Entre las muchas cosas que a este hombre pasaron con su mujer se cuenta la siguiente: Cierta día le dijo:

—Maaruf, quiero que me traigas esta noche un *kenafe* (pastel) rebozado con miel de abejas.

—Dios (jensalzado seal) —contestó Maaruf— me facilitará los medios de conseguir su precio para traerte esta noche el pastel que deseas; por Dios, que no tengo hoy ni un solo dirhem en el bolsillo; pero nuestro Señor me ayudará.

—A mí no me importa nada —respondió Fátima— si Dios te ayudará o no te ayudará: lo que te digo es que me traigas el pastel con miel de abejas; y si te presentas en casa sin él, yo te prometo que te dará una noche tan mala como la fortuna que tuviste cuando te casaste conmigo y caíste en mis manos.

—¡Dios es generoso! —exclamó aterrado Maaruf, y salió de su casa lleno de angustia. Hizo la oración de la mañana y abrió su tienda, dirigiendo al Altísimo la siguiente deprecación:

—¡Te pido, Señor, que te dignes concederme que gane el precio del pastel y que me libres esta noche de las iras de mi malvada mujer!

Sentóse en la tienda. Llegó el mediodía y nadie había pasado a encargarle nada. Aumentó el temor que sentía de su esposa; se levantó, cerró la tienda y se quedó perplejo respecto del asunto del pastel, pues no tenía ni siquiera una parte del precio del pan. Pasó luego por delante de la tienda del pastelero, paróse estupefacto y sus ojos se llenaron de lágrimas. El pastelero, que lo miró de reojo, le preguntó:

—Maestro Maaruf, ¿qué tienes? ¿Por qué lloras? Dime qué te sucede.

Y le contó su historia, diciéndole:

—Mi esposa es de un carácter violento: me ha pedido un pastel y yo me he estado toda la mañana en la tienda sin que nadie haya ido a encargarme nada, sin lograr ganar ni para un pedazo de pan. Y le tengo miedo, le tengo miedo.

—No te preocupes, hombre —le dijo el pastelero—. ¿Como cuántas libras quieres?

—Cinco libras —contestó el infeliz marido.

Y le pesó cinco libras, diciéndole:

—Tengo manteca, pero no tengo miel de abejas, sino miel destilada de caña, mejor todavía; ¿qué más da que sea miel de caña o miel de abejas?

Maaruf, avergonzado, puesto que no le podía pagar en el momento, le dijo que se lo preparara con miel de caña. Le frió el pastel en manteca, lo bañó en miel de caña y quedó el dulce como para regalo de reyes.

—¿Necesitas pan y queso? —le preguntó el panadero.

—Sí —le respondió.

Dióle pan por valor de cuatro medios dirhemes, queso por valor de uno, y como el pastel valía diez, le dijo:

—¡Mira, Maaruf! Todo esto importa quince medios dirhemes. Vete a ver a tu esposa, pon cara alegre y toma esta moneda para el baño. Tienes de plazo para pagarme tu deuda un día, dos, tres, hasta que el Señor te ayude. No te aflijas por causa de tu mujer, pues yo esperaré a que tengas dinero sobrante de tu gasto ordinario.

Cogió Maaruf el pastel, el pan y el queso y se marchó, haciendo votos por la felicidad del generoso pastelero, y con el corazón fortalecido, exclamaba: «¡Gloria a ti, Señor! ¡Cuán bondadoso eres!» Al fin llegó a presencia de su mujer.

—¿Me has traído el pastel? —le preguntó en seguida.

—Te lo he traído —le contestó, poniéndoselo delante. Y cuando ella lo miró y notó que estaba bañado con miel de caña, le dijo con rabia:

—¿No te dije que lo quería con miel de abejas? Por llevarme la contraria me lo has traído de miel de caña.

—Lo he tomado al fiado —le dijo él excusándose.

—Todo esto son palabras inútiles —replicó la mujer, y añadió con resolución:

—Yo no comeré pastel sino bañado con miel de abejas.

Y, enfurecida, agarró el pastel y se lo estampó al marido en la cara, diciéndole:

—¡Anda, bribón; tráeme otro pastel!

Y le dió un puñetazo en la mejilla, saltándole un diente y haciéndole correr la sangre por el pecho; a causa de la violencia del dolor, él le dió un golpe flojo en la cabeza, y entonces la malvada le agarró por las barbas y empezó a gritar: «¡Musulmanes, socorro!» Acudieron los vecinos, lograron con esfuerzos que soltara las barbas, y le reprocharon y afearon su conducta, diciéndole además:

—Nosotros comemos los pasteles lo mismo con miel de abejas que con miel de caña. ¿Por qué dar tal disgusto a este pobre hombre? Lo que haces está muy feo.

Y siguieron calmando los ánimos, hasta que lograron la reconciliación entre marido y mujer. Pero apenas los vecinos se hubieron alejado, ella juró que no comería ni un bocado del pastel. El hambre atormentaba a Maaruf, que dijo para sí: «Ella ha jurado que no comerá; pues yo lo haré». Y se puso a comer. Cuando la mujer lo vió, le dijo:

—¡Permita Dios que se vuelva veneno para el cuerpo más lejano!

—No será lo que tú dices —contestó riendo, y añadió:

—Tú has jurado no comer de este pastel. ¡Dios es generoso! Si Él quiere, mañana a la noche te traeré otro pastel bañado con miel de abejas y tú te lo comerás sola.

El irataba de apaciguarla; ella en cambio le insultaba. Y no dejó de injuriarle y ultrajarle hasta que amaneció. Y cuando fué de día, Fátima se arremangó con ánimo de golpearle, y Maaruf le dijo:

—Dame un plazo y te traeré otro pastel.

Salió, fuése hacia la mezquita, hizo sus oraciones y se dirigió luego a su tienda. Abrió la puerta y se sentó; y, apenas se había sentado, llegaron dos esbirros del juez, y le dijeron:

—¡Levántate! El juez te llama. Tu mujer ha presentado querrela contra ti, diciendo tal y tal cosa.

El pobre Maaruf reconoció por lo que le decían la intervención de su mujer, y exclamó:

—¡Dios (jensalzado seal) le atormenté!

Y levantándose, se marchó con ellos a presencia del juez, donde vió a su mujer, que con el velo de la cara manchado de sangre, estaba llorando y limpiándose las lágrimas.

El juez, dirigiéndose a Maaruf, le dijo seriamente:

—¡Hombre! Acaso no temes a Dios (jensalzado seal). ¿Por qué has pegado a esta mujer, le has roto el brazo y le has saltado los dientes? ¿Por qué has hecho esto?

—¡Señor! —contestó humildemente el zapatero—. Si es cierto que yo le he pegado o le he roto los dientes, imponme el castigo que tú creas oportuno. Pero lo sucedido ha sido esto y esto, y los vecinos han puesto paz entre los dos.

Y le contó detalladamente lo sucedido, desde el principio hasta el fin. Era este juez un hombre bondadoso, y, entregando a Maaruf un cuarto de dinar, le dijo:

—Toma, hombre, y compra a tu mujer un pastel bañado con miel de abejas, y haz las paces con ella.

—Entrégaselo a ella —le pidió el zapatero.

Y ella lo tomó, se reconcilió con su marido, y el juez puso paz entre ellos, diciendo:

—Mujer, obedece a tu marido; y tú, marido, pórtate bien con ella.

Salieron reconciliados de la presencia del juez, y la mujer se marchó por un camino y el marido por otro, a su tienda. Apenas se había sentado, se le presentaron otra vez los alguaciles, diciendo:

—Danos nuestro sueldo.

—Si el juez no me ha cobrado nada —contestó Maaruf—; al contrario, me ha dado un cuarto de dinar.

—No es cuenta nuestra que el juez te haya dado o te haya cobrado el dinero: si no nos das nuestra paga, te lo cobraremos por la fuerza.

(Continuará en el número próximo.)

♥ LA PRINCESA FLORILINDA ♥ ♥ LA DE LOS LABIOS DE GUINDA ♥ ♥ EN FORMA DE ♥ ♥ CORAZON ♥ ♥

CUENTO DE CADA UNA EN COLORES

Pues señor..., era un rey, uno de esos reyes gordos, barbudos y simpáticos de que nos habla la Historia; esto es, un rey parecido a los de la baraja.

Su reino era Mesalia, un país bastante rico y un si es no es feliz. La caza bullía por prados y bosques. Las cosechas eran abundantes si llovía y salía el Sol a la hora que a los labriegos les convenía. Había más guerreros que personas que supiesen leer; en sumar, era un país muy de la época. Ni que decir tiene que nos encontramos en la Edad Media.

Como no podía por menos de suceder, aquel rey tenía una hija que, como es natural, era bonita y rubia como un amanecer de primavera. Sus ojos eran de un azul de cielo sin nubes; sus pies, diminutos, y sus manos, lisas, largas y airosas como lirios del valle.

Pero, ¡ay!, que aquel querube era malo como un demonio. Si su rostro era rosado, su alma era como el cieno.

Su placer era ver sufrir a sus semejantes. Todos los vasallos tenían antipatía a la princesa; los palaciegos la odiaban cordialmente, aunque, como es de suponer, con la mayor reverencia y respeto.

La princesita, al castigar a sus perros favoritos, al hacer brotar lágrimas de los ojos de sus damas de honor, sonreía fría y odiosamente, mostrando, al abrir sus labios, unos dientecillos finos y afilados como los de una lobezna.

La princesa Florilinda no lloraba jamás, por graves que fuesen sus contrariedades y hondo pesar. Bien es verdad que aquéllas y éste no abundaban en su regalada vida.

Una tarde, una de esas tardes en que esta criaturita tan... «encantadora» no sabía qué hacer, bien es verdad que ya había hilado en la rueca y había escuchado al juglar de tanda, únicas ocupaciones de la época, mandó venir a su bufón Jenaro, un pobre jorobadito bueno como el pan, mejor dicho, como el pan bueno, y listo como una ardilla, y le ordenó que se embadurnase la cara con pez. Después ordenó a todas las damas de su corte que le diesen burlescamente muestras de cortesía.

El pobre bufón, dolido por su ridícula situación, huyó y rompió a llorar amargamente tras de una cortina. Las lágrimas marcaron en su rostro embadurnado dos surcos de sufrimiento.

Al salir de su escondite todo fueron risas y burlas. El rostro del pobre bufoncete estaba francamente grotesco. El comprendió que a los bufones les está vedado llorar y se resignó con su suerte, que era más negra, por cierto, que su rostro cubierto de pez.

—Bufón mío —dijo la princesa—, ¿dónde fuiste sin mi venia?

—Alteza, quise respirar el aire de la tarde. Aquí me ahogaba.

—¡Basta, insolente! ¿No sabes que no tienes otra misión en la vida que arrancar de mis labios una sonrisa? Canta, bufón miserable, canta para matar mi aburrimiento.

El bufón comenzó a arrancar unas notas vulgares de una cítara. Trenzó una pihueta grotesca en el aire y sus cascabeles sonaron con toda armonía. Jenaro, con su voz ronca, comenzó a cantar así:

Erase un pobre gorrión
que servía a una paloma;
erase un pobre gorrión
que vivía de la broma
torturado el corazón.

En la jaula, limpia y clara,
entonaba su canción;
en la jaula, limpia y clara,
que en mazmorra se tornaba
para aquel pobre gorrión.

Pues la dama a quien servía
en torturarle gozaba,
y al verle llorar, la dama
se reía.

—¡Basta, basta! —gritó la princesa—. ¡Es mucha audacia la tuya, bufón; eres un insolente!

—Ya, ya —dijo una dama de honor bastante adulatora—. ¡A cualquiera se le ocurre decir la verdad en voz alta!

—¡Castigadle, alteza! —rugió otra dama muy «compasiva».

La princesa llamó a la guardia y ordenó que Jenaro, su bufón, durmiese en los sótanos del castillo, en la galería más apartada, y que para que conciliara pronto el sueño le diesen doscientos azotes.

Una vez pasado este incidente, la princesa marchó a cenar, con un apetito envidiable.

Terminó la cena; sonó un cuerno; después, unas trompetas; a poco, chirriaron las cadenas del puente levadizo. Todos los ruidos del castillo se fueron acallando. Se montó la guardia. Eran las ocho de la noche, minuto más, minuto menos; en eso no estoy muy seguro.

□ □ □

La princesa, como es natural, se acostó también. Sin saber por qué, tenía miedo. Pronto las sábanas de Holanda cobijaron su cuerpo.

El aire, al pasar por las almenas del castillo, mugía de una manera que asustaba hasta a los centinelas, que, como es natural, dormían a pierna suelta.

De pronto le pareció oír una trompa de guerra. A poco, otro trompetazo, más próximo aún. En seguida se oyeron voces en el interior del castillo y la campana de alarma comenzó a tocar a arrebato. A los pocos minutos todo eran voces, ruido de armas, órdenes imperiosas y chocar de espadas y partesanas.

La princesa se limitó a taparse la cabeza con las sábanas; pero a poco Dorotea, su dueña o sirviente de confianza, penetró en la estancia visiblemente contrariada.

—¡Alteza, alteza! Favor..., pronto..., vienen, son muchos..., unas fieras...!

—¿Qué ocurre? —preguntó la princesa, siempre despreciativa.

—¡Casi nada! ¡Que las tropas del rey Humberto de Macatracia nos atacan y nos rodean! ¡Vestios, vestios pronto, que aún es tiempo de escapar!

—Yo no sé si una princesa debe...

—Moriréis entonces, alteza, porque he de advertiros que las tropas del rey Humberto gozan de la más perfecta embriaguez.

—Entonces...

La princesa se vistió y después fué a asomarse a la ventana, y pudo ver, a la luz lívida de los relámpagos, a un nutrido y aguerrido ejército que rodeaba la fortaleza.

Dos piedras, lanzadas con violencia y no con muy piadosa intención, vinieron a dar en la vidriera, que saltó rota en pedazos.

—¡Por Dios santo, alteza! Huyamos, huyamos todo lo rápidamente que nos lo permitan las fuerzas.

La princesa, sin voluntad propia, se dejó arrastrar por su sirviente, y pronto se encontró en una de las habitaciones en que se hallaban todas las mujeres del castillo.

Entre lágrimas y suspiros elevaban sus preces al cielo.

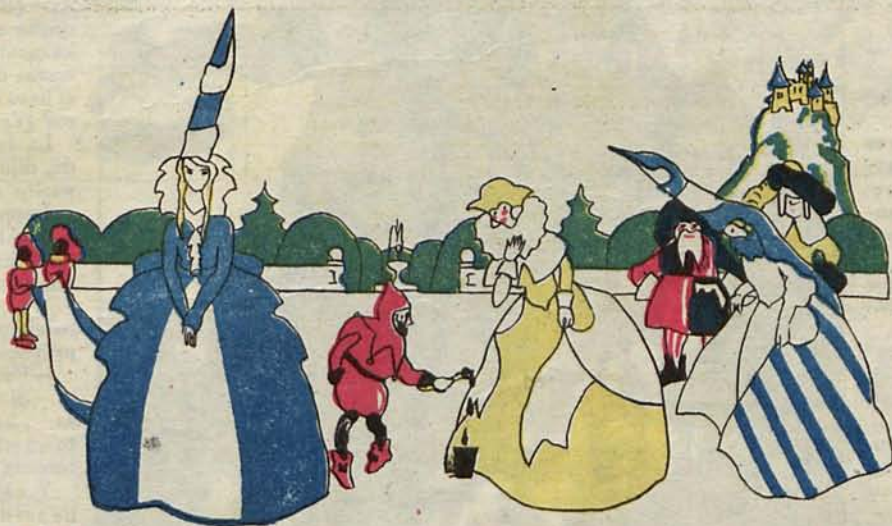
Todo eran súplicas, reflejo de un santo temor.

Al notarse la presencia de la princesa, todas se hicieron a un lado respetuosas. Pero ninguna pronunció una frase que indicase cariño ni afecto.

La princesa no hizo caso de aquella actitud tan poco afectiva y siguió su camino.

Al llegar a una galería comenzaron a tantear el muro en busca del resorte que había de abrir una puerta secreta.

Pero el resorte no aparecía y pasaba el tiempo.





—¡Si antes de media hora no hallamos el resorte, estamos perdidas! —exclamó la sirviente.

—Señoras mías —dijo una voz apagada al fondo de la galería—, si ustedes quieren, yo puedo ayudarlas.

A la luz del candel pudieron ambas mujeres ver una figurilla desmedrada que se les acercaba renqueando. El primer movimiento fué de terror; pero pronto reconocieron en ella a Jenaro, el pobre bufón, que daba cumplimiento a su castigo.

—¡Jenaro! —dijo la princesa algo asustada—. ¡Si nos salvas te perdonaré!

—Gracias, alteza —dijo el bufón—. Vos, siempre piadosa.

Y diciendo esto empujó un resorte y cedió la pared, mostrando la entrada de una mina más oscura que la boca de un lobo. Una bocanada de aire húmedo les dió en la cara.

Los tres personajes de nuestro cuento emprendieron la marcha por aquella especie de cueva. Los momentos fueron de gran angustia. El terreno era accidentado; la cueva, baja de techo. Las infelices mujeres caían a cada paso. El pobre bufón iba delante, señalando los obstáculos y alentando a las caminantes.

—¡Valor; poco falta! ¡Cuidado con esta piedra!

Poco a poco el aire fué más respirable; el terreno, más llano, y a los pocos pasos les saludó el frescor de la noche y el parpadear de las estrellas. Habían llegado a la falda de un monte.

Comenzaron a caminar a campo traviesa.

La sirviente se cansó y dijo:

—Alteza, no puedo más; muero de cansancio. Seguid, seguid vos, que yo soy vieja ya para estos trotes.

Efectivamente, el paso que llevaban los fugitivos era un trote largo.

—No quiero abandonarte, Dorotea —dijo la princesa.

Pero no bien acababa de pronunciar estas palabras se oyeron cuernos de guerra y galopar de caballos.

El bufón y la princesa se dieron a la fuga sin tener la cortesía de despedirse de Dorotea siquiera.

Caminaron los fugitivos durante toda la noche. Cuando el sol anunciaba su presencia con una franja anaranjada en el horizonte, llegaron ante una choza.

Una viejecita de espaldas corvas y cabellos blancos salió a recibirlos.

—¡Hijo mío! —dijo abrazando al pobre jorobado.

—¡Madre, madre de mi alma! —respondió aquél.

La princesa vió que su bufón, su juguete, tenía madre y todo como las personas. ¡Parecía mentira!

La princesa calentó su aterido cuerpo junto a la lumbre, y al contemplar las llamas que como lenguas de oro laminaban los leños que crepitaban al arder, consideró cuál era su desgracia: ¡Ser una vasalla!

Al opoco tiempo, sobre un humilde jergón, dormía la princesa Florilinda de Mesalia como la más vulgar de las aldeanas, y hasta me parece recordar que roncaba como el más zafio de los pastores.

□ □ □

Cuando volvemos a ver a la princesa Florilinda nadie dijera que era princesa: sus vestiduras de tisú y brocatel fueron sustituidas por unas burdas de lana; sus pies, que antes encerrara en botinas de ante o chapines de raso, ahora iban dentro de unos zuecos de madera; sus cabellos, que antes llevara bajo el capirote, ahora iban dentro de una cofia blanca.

La princesa Florilinda era una humilde aldeana. Recogida por misericordia en la casa de Jenaro, su antiguo bufón, atendía las faenas domésticas, a la par que su antiguo sirviente trabajaba sin descanso para que al llegar la noche pudiesen reconfortar su estómago con unas sopas calientes, y mientras la madre de éste cogía leña en el monte, que después vendía por unas monedas de cobre.

Florilinda trabajaba, y resignada con su suerte, comenzaba otra vida diferente a la anterior, tan muelle y regalada.

Cantaba como un jilguero al par que la fuente cantaba armoniosa.

Reía alborozada, y el sol mañanero reía también entre los árboles como ella.

Recordaba como un sueño aquellas estrofas que oyera cantar a un juglarcillo al pie de su ventana:

La princesa Florilinda,
la de los labios de guinda
en forma de corazón.

La de las manos divinas,
blancas, suaves, tersas, finas
como lirios de pasión.

¡Pero todo aquello era tan lejano...! Y a poco corría por los campos, seguida del perro guardián de la choza, lanzando al aire sus risas angélicas.

Una noche, una noche de esas tristes de lluvia y viento, llegó Jenaro a la casa empapadito de agua. Sus débiles miembros temblaban y su cara de Cuasimodo, desencajada, presentaba un horrendo aspecto.

Se acostó sin cenar. A las pocas horas llamó a su madre y a Florilinda, con voz tan débil que apenas se percibía. Se estaba muriendo. Su cuerpecillo enfermizo no podía resistir la lucha y se rendía para siempre. Se apagó como la luz de un candelil falto de aceite.

Florilinda, al ver muerto a su amigo, rompió en amargo llanto. Su pecho se enarcaba en profundos sollozos. Sus ojos dejaban verter lágrimas de dolor.

La princesa Florilinda lloraba. Estaba realizando el milagro. Sus ojos se fueron cerrando poco a poco y quedó profundamente dormida.

□ □ □

—¡Alteza, alteza! ¿No despertáis? —preguntó la dueña Dorotea inclinándose sobre la cama de la princesa Florilinda. Esta abrió sus ojos y se encontró en su lecho, en su dormitorio del castillo.

—¿Pero... cómo es esto, dueña mía? ¿Cómo es que me encuentro aquí? ¿Y los guerreros del rey Humberto? ¿Y el paso subterráneo? ¿Y Jenaro? ¿Está muerto?

La dueña, con algo de miedo, dijo para sí: «Loca, se ha vuelto completamente loca», y después, en voz alta:

—¡Alteza!, reportaos; sin duda habéis sido víctima de una terrible pesadilla.

Y al advertir que aún resbalaban por las mejillas de la princesa dos lágrimas, dijo:

—Pero ¿estáis llorando...?

—Sí —respondió la princesa—; he llorado y ahora siento en mi pecho un tesoro de ternura que antes no había.

Y cogiendo con las puntas de sus dedos las lágrimas postreras, puso en ellas un beso de devoción.

—He llorado porque creí que mi bufón, mejor dicho,

mi hermano ante Dios, Jenaro, había muerto.

He visto, porque las he vivido, las miserias del mundo; pero sufriendo en mi pecho ha nacido la ternura, el amor para mis semejantes. Dios bondadoso ha querido, sin duda, que yo soñase esta triste historia para que mi corazón se abriese al cariño y al amor.

Estas lágrimas que has visto en mis ojos son como el agua espiritual que ha fertilizado mi alma, como a los campos los fertiliza la lluvia otoñal. Decid que dejen a Jenaro en libertad y que me perdone. Perdonadme vosotras todas también, que yo sabré desde ahora ganar vuestro cariño. En unas horas he aprendido cuál es la misión de los poderosos en la Tierra.

□ □ □

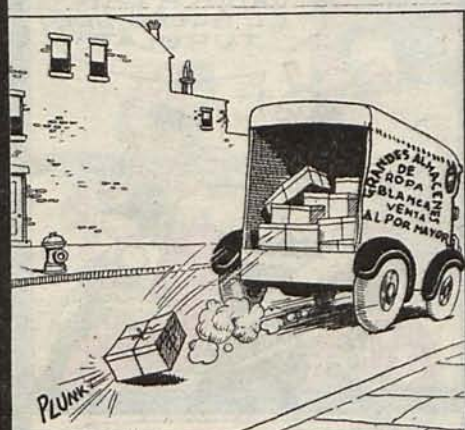
Cuentan las crónicas de aquellos tiempos que la princesa Florilinda fué una madre para sus vasallos.

Las heridas más horribles, en sus manos encontraron el alivio. Los pesares más hondos, en sus palabras hallaron consuelo. Sufría y gozaba con su pueblo, porque una noche su imaginación vivió sus miserias. Y como aquella Santa Isabel de Hungría, lavó la llaga del leproso y restañó la herida moral del triste con el bálsamo de su bondad. Su pueblo, agradecido, colmó su nombre de bendiciones. ¡Ah!, y su bufón, libre ya para seguir haciendo reír, cual era su misión, le dió por escribir versos y cantarlos en las plazas públicas. La gente se desternillaba de risa. Se supone que ha sido el primer humorista. Claro es que comía sólo de vez en cuando nada más...

JOAQUÍN SORIANO.



COLORÍN Y SU PANDILLA





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO





Paco Morronguis, el gato travieso



YA LLEGAN LAS PASCUAS.
¿QUÉ REGALO MEJOR PARA LOS
NIÑOS QUE LAS ESTUPENDAS
Y DIVERTIDÍSIMAS
AVENTURAS DE PINOCHO?
APRESURAOS A HACER FELICES
A LOS PEQUEÑUELOS, ELLOS OS
LO AGRADECERÁN.

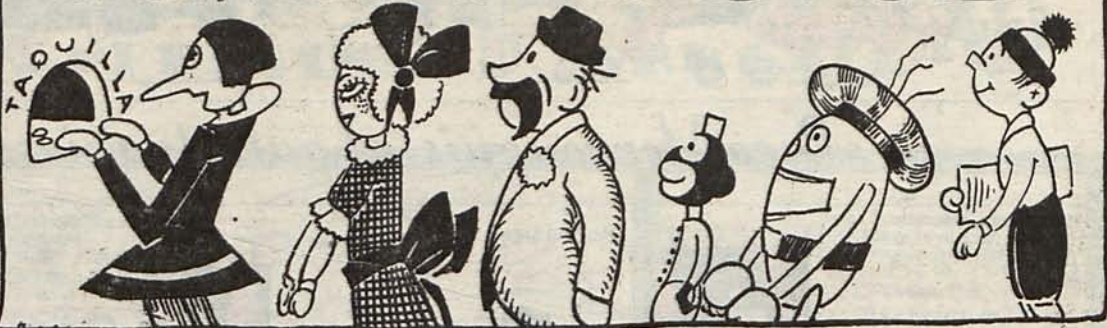


PROGRAMA
PARA HOY

EL BARCO
PIRATA

Sensacional!

GRAN CINE



El invasor del Océano.

Se avecinaba la noche y el destróyer *Huracán* navegaba por el Océano Indico bajo la luz crepuscular.

Veíase a bastante distancia la costa de Arabia, y desde hacía treinta y seis horas estaba el buque a la vista de tan árida costa.

El oficial Colin Wood, el valiente capitán del barco, llegó al puente para volver a tomar el mando de manos del oficial Mc Todd, después de haber tenido unos momentos de descanso.

—Al no haberme llamado, me figuro que no hay nada nuevo que comunicarme, Mc Todd. ¿No has visto nada sospechoso?

—Nada absolutamente, desde que me entregó usted el mando. Únicamente la silueta temerosa de la costa. Por lo demás, nada; ni siquiera la vela de un barco, ni el humo de un buque.

—Ya voy viendo que el barco que perseguimos es hábil para escabullirse —observó Colin—. Si pudiéramos encontrarlo, cambiaría de aspecto la cosa.

El *Huracán* tenía orden de buscar por aquella parte del Océano Indico una embarcación árabe, de la cual se sospechaba que se dedicaba a la piratería por aquellas regiones.

Colin Wood debía explorar aquellos mares hasta encontrar al pirata; pero hasta ahora sus exploraciones no habían dado resultado alguno, pues que todos los barcos encontrados durante las últimas veinticuatro horas resultaban ser buques de carga muy por encima de toda sospecha.

Mac Todd asintió a la indicación del capitán.

—Sí; no cabe duda de que los piratas tienen un refugio donde esconderse por aquí cerca —dijo—, y lo más probable es que sigan escondidos hasta que nosotros desaparezcamos de estas aguas.

—Tienes razón, Mac Todd; no hay que esperar que se nos pongan a tiro. —¿Y tendremos que seguir toda la noche vigilando?

—No. Las instrucciones que tengo son de recalar al anochecer en la isla de Kish, y esperar allí hasta recibir nuevas órdenes de la flota.

Tomando otra vez el mando Colin, puso el *Huracán* en dirección de la isla de Kish, que era poco más que un montón de rocas que emergía del mar, circundada por otro cinturón de rocas más pequeñas. Tenía forma de pirámide, y sus laderas empinadas no ofrecían sitio para poner los pies ni una cabra.

De tamaño, la isla, no pasaría de cien metros de diámetro por la parte más ancha.

Ya era noche cerrada cuando el *Huracán* se acercó lentamente a la isla, y allí, a una distancia prudente de las rocas, echó las anclas para esperar la llegada de nuevas órdenes del almirante.

Aquel lugar no podía ser más solitario; y con los reflectores exploraron todo el mar que se veía en torno, sin encontrar la más pequeña embarcación sobre el Océano. Pero al dar la luz sobre la pirámide rocosa de la isla, sus rayos dieron sobre algo que salía por encima de las rocas.

¡Era el extremo de un mástil!

El oficial encargado de los reflectores mandó dejarlo fijo, y pasó aviso al capitán, que inmediatamente dirigió allí su catalejo.

—¡Hay una embarcación detrás de las rocas —dijo.

En seguida mandó bajar un bote, y como le gustaba ver las cosas por sí mismo, encargóse de la pequeña embarcación, que llevó hacia las rocas, abriéndose camino a través de los riscos y salientes, hasta llegar a la vista del barco. Era éste de vela y de unas cien toneladas, y parecía estar abandonado, porque tenía las velas desgarradas y todo el aparejo en desorden. El bote se acercó al costado del velero, y Wood saltó a bordo.

Al hacerlo, apareció por una de las escotillas una cara hosca; era la de un árabe que salió sobre cubierta. Parecía estar enfermo y no podía tenerse en pie; por una herida que tenía en una pierna y otra en la cabeza manaba abundante sangre, y estaba en tal estado de postración, que lo único que pudo hacer fué arrastrarse sobre la cubierta.

—¡Alá sea bendito! —murmuró roncamente—. ¡Aquí viene un marinero inglés y Hadj podrá salvarse!

—Parece que estás mal herido —dijo Colin inclinándose sobre él y examinando sus heridas—. ¿Cómo has llegado a este estado? ¿De quién es este barco y por qué se encuentra aquí?

—Ha sido barco pirata —replicó Hadj—. Yo estoy aquí sólo desde hace dos días.

—Quisiera oír tu historia —dijo Colin—. Si me dices todo lo que sabes lo más rápidamente que puedas mandaré que te lleven a mi barco, y allí te cuidarán.

El árabe empezó a contar la historia, y los ojos del capitán brillaron de entusiasmo al oírlo, porque por ella veía que iba a tener ocasión de entenderse con la embarcación pirata dentro de muy poco tiempo.

El cebo.

Hadj iba navegando en su barco lejos de las costas árabes, cuando se vio asaltado por la tripulación de un barco pirata árabe. En el violento asalto que hicieron los piratas, Hadj resultó herido; los enemigos le arrojaron por una de las escotillas. El no despertó hasta muchas horas después, y se encontró solo en el barco, que debía de haber encallado en la posición que ahora tenía.

—¿Y qué ha sido del resto de la tripulación? —preguntó Wood.

—No lo sé; pero supongo que los piratas los llevarían para venderlos como esclavos. A mí seguramente me dieron por muerto, y por eso me dejaron aquí. Ahora estoy muy contento de que hayas venido. Sería un gran beneficio para todos que tú pudieras encontrar a ese barco y hundirlo con una de esas granadas que lleváis en los buques de guerra.

—Y tengo la seguridad de que se hundiría —contestó Colin sonriendo—. Yo haré todos los posibles por darle caza. Pero antes voy a inspeccionar éste, por si los piratas han dejado aquí algo que pueda guiarme a descubrirlos.

Acompañado de Bob Luck y de otro marinero, Wood hizo un rápido examen del velero. Poco fué lo que encontró de interés ni valor a bordo de él; pero algo halló que le sugirió una idea.

Era un bulto conteniendo trajes de árabe, que pertenecía a la carga

del velero. Ordenó a sus hombres que llevaran al herido al *Huracán*.

—Y cuando lleguéis allá —añadió—, decid a Mr. Spring de mi parte que venga en una lancha con quince hombres.

Partió el bote, y no tardó mucho en llegar al velero la lancha con los quince marineros que el capitán había pedido.

—Vamos a arriesgarnos en una pequeña aventura, Spring.

El guardia marina sonrió satisfecho, porque su ansia de aventuras nunca se veía satisfecha, y dijo:

—Me parece muy bien, mi capitán.

—El proyecto mío es reparar este barco, y transformarnos en una tripulación árabe para navegar por los mares ofreciéndonos como un cebo a los piratas.

El plan de Colin fué debidamente llevado a cabo. Tardaron varias horas en dejar el velero completamente reparado; pero poco después de amanecer ya estaba listo para la navegación, y fué sacado de entre las rocas a remolque del bote del *Huracán*.

El barco árabe presentaba ahora un aspecto normal. Componíase la tripulación de quince hombres vestidos con las chilabas blancas y las camisas de los marineros árabes, y Colin, con el disfraz puesto encima de su uniforme de marino, presenta todo el aspecto de un mercader africano.

La embarcación se lanzó entonces a toda vela, dejando atrás al *Huracán* al mando del primer oficial Mc Todd, con orden de dejar al velero alejarse de su vista.

La segunda parte de la aventura era ya cuestión de paciencia, y durante todo el día el velero continuó navegando hasta que Colin



comprendió que ya no estaban a más de quince millas de las costas de Arabia.

Era ya noche cerrada, pero no tardaría en salir la luna. Efectivamente, un cuarto de hora después, elevábase en el espacio, y a su luz pudo Colin distinguir las velas de un barco, de mediano tamaño, que se acercaba a ellos por el nordeste.

El capitán procuró que la embarcación siguiera enfrente del velero, y cuando estaban como a una media milla de ellos, vió que hacían señales pidiendo auxilio. Entonces siguió navegando en aquella dirección, hasta encontrarse junto al costado del otro barco.

En la cubierta de éste sólo se veían, hasta entonces, algunos hombres que fingían estar arreglándolo; pero en el momento de acercarse a ellos el velero de Colin, operóse un cambio dramático, y salieron a la vista treinta hombres que, con gran destreza, arrojaron al velero unos ganchos de hierro para atraerlo hacia ellos.

En seguida, veinticinco hombres, gritando salvajemente, se arrojaron sobre la cubierta del que parecía ser un velero indefenso.

Los piratas ya estaban haciendo de las suyas, con la convicción de que este asalto iba a darles tan buenos resultados como los anteriores.

Pero se equivocaban de medio a medio; porque en cuanto estuvieron a bordo del barco de sus víctimas, Colin, y seis hombres, se echaron los rifles a la cara, y de debajo, de lo que aparentaba ser la carga, salió el guardia marina Spring, con otros ocho marineros.

Se entabló un fiero combate. En semejante confusión era imposible para los marineros hacer uso del rifle más que para dar golpes con ellos, y esto lo hicieron con verdadera saña. Las culatas de los rifles chocaban con los alfanjes de los árabes, y aque- o parecía una escena de varios siglos atrás, cuando los barcos piratas eran el continuo terror de los mares.

Para entonces, ya los piratas se habían convencido de que, no obstante, su superioridad numérica no era probable que la lucha se decidiese en su favor, y, obedeciendo la orden de su jefe, quitaron los ganchos de hierro y se volvieron a su barco. Este fué empujado en seguida por las olas, haciéndose imposible, para los valientes marineros, el seguirlo.

Sobre la cubierta del velero habían quedado tendidos seis árabes sin sentido, y dos más luchaban por libertarse de los marineros. El resto de ellos, muy mal parados, habían conseguido volver a su barco.

Colin Wood estaba satisfecho de su éxito, pues no creía que el barco pirata pudiese escapársele de su alcance; pero se llevó una gran sorpresa al sentir la trepidación de un motor y ver que los piratas huían a toda velocidad.

—¡Llevan un motor a bordo! ¡Y nos van a dejar chasqueados si no andamos listos! —exclamó Colin—. ¡Hala, muchachos! ¡A él! ¡Vamos a alcanzarlo! ¡Lzar todas las velas para demostrarles que un marinero inglés puede sacar del viento todo lo que quiere!

Y la tripulación se puso a darle caza. Cada hombre guardó su puesto cumpliendo con su deber con la destreza de un verdadero lobo de mar. Tan bien lo hicieron todos, en efecto, que el velero empezó a navegar casi con tanta velocidad como el fugitivo.

—¡Da la señal al Huracán, Spring! —gritó el capitán, que ya despojado de su traje árabe se agarraba al timón.

—¡Está bien, mi capitán!

Y medio minuto después subía por los aires un cohete, que estaba en una lluvia de estrellas luminosas.

El velero continuó una persecución ardiente a los piratas. Pero el motor de éstos le daba cada vez más ventaja y estaba ya a seis millas de la costa, cuando una nube se interpuso entre él y la luna, borrando por completo la vista del barco pirata.

¡Hurra, «Huracán»!

Más tarde, al iluminar la luna de nuevo la escena, ya no se veía rastro del barco pirata. Ni ésta, ni ninguna otra embarcación, se divisaba en todo el C-éano.

La tierra que se alcanzaba a ver desde el mar estaba solitaria y desierta, no habiendo en todo aquel brazo de costa más que un edificio.

Era éste una mansión grande, de piedra, que se erguía en la parte más alta del acantilado, circulado de árboles.

Debajo de este edificio, los arrecifes eran escarpados e irregulares, y durante la marea alta entraba el mar por entre las grietas de las rocas.

En una de estas grietas, que más bien era un canal, se había refugiado el barco pirata. Colin no le había visto entrar, es cierto;

pero estaba completamente seguro de ello, porque esta era la única explicación de su rápida desaparición en la oscuridad.

—Creo —dijo Colin al guardia marina— que nuestra obra no estará completa si no hacemos una visita a la costa. Nuestro pirata debe de haberse escondido por ahí y merece la pena ir a inspeccionar ese edificio.

—¿Quién sabe si será esa la casa del jefe de los piratas, capitán? Si es así, no dejarán de tener algún vigia para mirar si se acerca algún barco sospechoso.

—Es cierto; pero por eso vamos a pasar por aquí delante a toda vela como si no tuviéramos intención de desembarcar. Una vez que hayamos bordeado el promontorio, quedaremos ya ocultos a la vista del edificio, y si tenemos la suerte de que la luna nos ayude haciendo otra vez la treta de antes, entonces podremos desembarcar sin ser vistos.

La tarea era penosa y difícil; pero ni el peligro ni las dificultades arredraban a los arrojados lobos de mar en el cumplimiento de su deber. Muy diestros todos ellos en trepar y escalar paredes, llegaron a lo alto, encontrándose en una extensión de terreno estéril que se prolongaba hasta el bosquecito en medio del cual estaba situada la solitaria casa.

Colin dió instrucciones a sus hombres. A partir de este momento, la cuadrilla se dispersó por parejas que se alejaron gateando por el terreno.

Una vez que llegaron al cobijo del bosque reunieron de nuevo para recibir más órdenes.

—Quedáos aquí mientras yo voy a hacer una inspección; no debemos asaltar ese edificio hasta no estar seguros de que se halla en él el jefe pirata. En cuanto os necesite para dar un ataque, os llamaré.

Los marineros quedaron ocultos detrás de los árboles mientras Colin iba a explorar. Los alrededores de la casa no estaban protegidos por paredón alguno y apenas hubo andado treinta metros, Colin dió vista a la casa.

En cada esquina de ella estaba un árabe vestido de blanco, armado con un rifle de largo cañón. Este hecho en sí mismo no era para abrigar sospechas, porque en esas partes de la tierra es necesario, para un edificio situado en lugar tan solitario, ser vigilado noche y día contra los probables ataques de los salteadores.

Un quinto hombre estaba de pie enfrente de la casa, delante de lo que parecía ser un pozo o agujero hecho en el suelo, del cual emergió otra figura. Detrás de ésta salieron unos cuantos más, todos cargados con algún bulto. Eran los piratas que volvían a casa, trayendo su botín.

Era necesario realizar el ataque inmediatamente; el capitán dió un silbido de un modo penetrante; al oírlo, los piratas detuvieron asustados mirando hacia los árboles.

Pero la tripulación pirata no tuvo necesidad de registrar el bosque, porque inmediatamente irrumpió de entre los árboles una partida de animosos marineros que se lanzaron a la lucha con ardor.

Los hombres del Huracán deseaban una pelea cuerpo a cuerpo, y se lanzaron a ella con verdadero entusiasmo, dando golpes a derecha e izquierda; y aunque varios de ellos quedaron heridos por los tiros de los piratas, el resultado de la batalla no hubo que ponerlo en duda ni un momento.

Colin tomó por su cuenta al jefe de los piratas. Doce hombres fueron derribados por los golpes de maza de los marineros, y el resto de ellos se dieron a la fuga dejando a los marineros en completo dominio de la situación. Un poco después anclaba el Huracán en la bahía, y desde él eran echados al agua dos botes.

Una detenida inspección de la casa les dió por resultado el hallazgo de un verdadero almacén de carga robada y de varias tripulaciones de los barcos saqueados, que estaban prisioneros en los subterráneos. Todos aquellos infelices estaban allí esperando que el jefe pudiera venderlos como esclavos.

Pero gracias a Colin Wood y a la valiente tripulación del Huracán pudieron escapar al triste destino que se les daba.



LA PRINCESITA LIMPIA ACTO PRIMERO

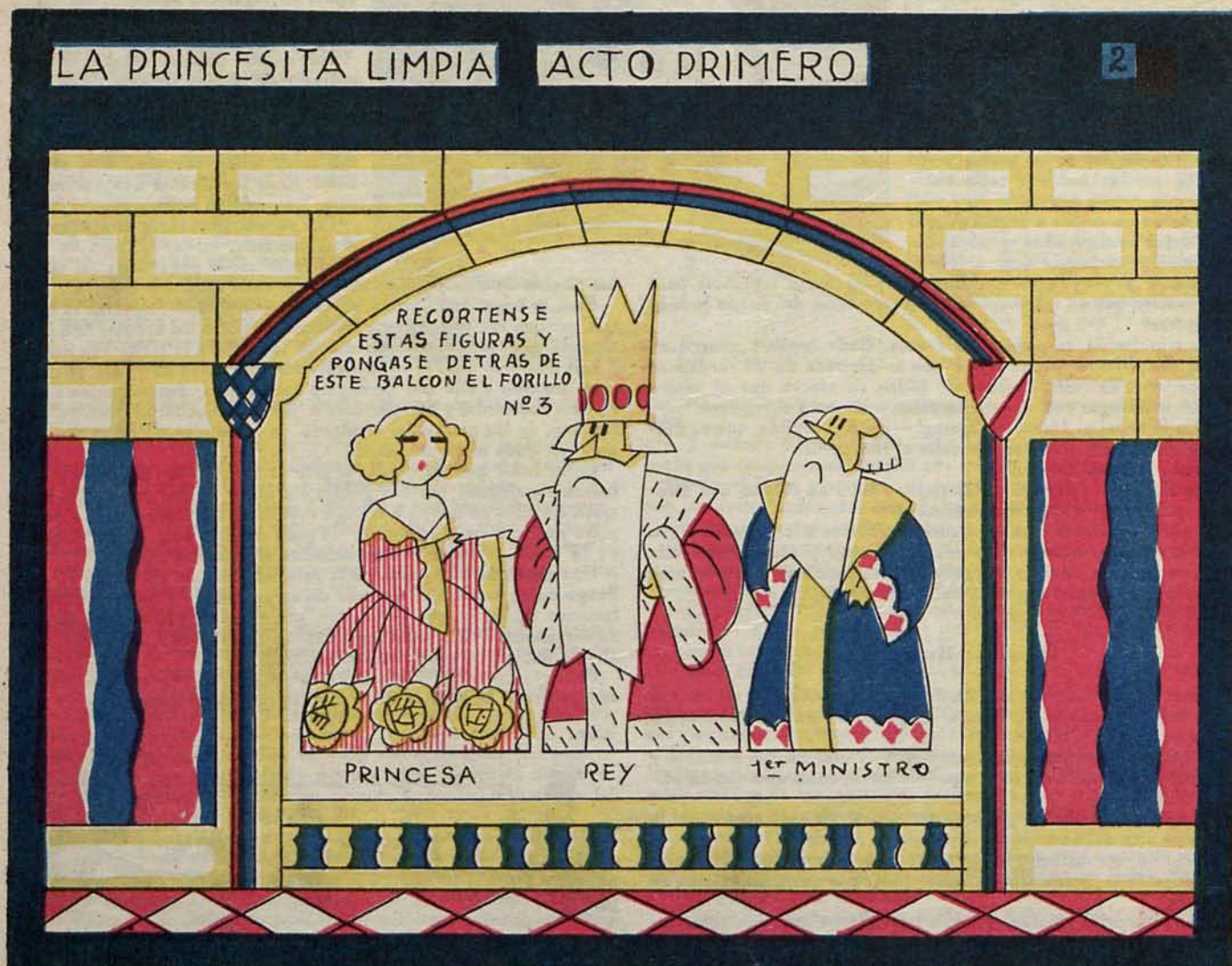
1



¡PINOCHISTAS! Para que podáis montar este teatro y representar las funciones, que para él os damos, ved las explicaciones publicadas en el núm. 41, página 17.

LA PRINCESITA LIMPIA ACTO PRIMERO

2



EL TEATRO DE PINOCHO

(Continuación.)

EL REY. ¿Será posible?
V. GTE. Sí, son riquísimos. ¿No los habéis probado nunca? Chocolate por fuera y princesa por dentro. ¡No los hay más exquisitos! Bueno, ¿qué decides?
EL REY. ¡Que no! ¡Pues estaría bueno que yo te diera mi hija para que te la comieses!
V. GTE. Pues tú te lo pierdes. Tomaré mi venganza.
EL REY. Pues yo no te la doy. Ella es mi única alegría, ella es el sol de mi vejez, el espejo en que me miro. Antes me dejaría matar que dártela. Si te la diera, me moriría de pena...
V. GTE. ¿Es tu última palabra?
EL REY. Yo no tengo más que una palabra.
V. GTE. Pues has hecho las diez de últimas. Porque tú serás un rey, pero yo soy un as: el as de bastos. Ya puedes despedirte del reino, de la corona y de la coronilla. Bailaré un zapateado encima de la capital de tus estados, destrozaré las ciudades, hundiré las montañas como quien hunde un montón de arena, asolaré los campos, me comeré a tus súbditos, y a ti, si te echo mano; ya lo verás.
EL REY. Haz lo que quieras.
V. GTE. Pues ya lo sabes.
EL REY. Pero lo que es a mi hija no te la llevas, ni aunque te vistas de chino.

ESCENA TERCERA

DICHOS, LA PRINCESA Y MAGENCIO

M.-SOL. No, padre. Eso no puede ser.
EL REY. ¿Eh? ¿Tú?
M.-SOL. Sí, soy yo. Y he llegado a tiempo, por lo visto.
EL REY. ¿A qué has venido?
M.-SOL. A evitar que, cegado por el cariño, cometas un error gravísimo. ¿Has pensado bien en tu decisión, padre? ¿Serás capaz de sacrificar a tu reino por no sacrificarme a mí? Si eso hicieras, caería sobre ti la maldición y la sangre de todas las víctimas del furor de este bárbaro gigante. ¿Qué vale mi vida y tu felicidad ante tantas vidas, ante tan hermosas y prósperas ciudades, ante el verdor eterno de los campos, ante la paz de tanto pueblo? ¿Y todo ello ha de evitarse con un solo sacrificio, vale más que el gigante me lleve.
EL REY. No; no quiero que te lleve el gigante.
M.-SOL. Pues yo me iré con él.
EL REY. Te comerá con chocolate.
M.-SOL. Mejor. Es una muerte dulce.
EL REY. Yo lo impediré. Antes de que cometas esa imprudencia, te encerraré en una torre bajo siete cerrojos.
M.-SOL. No lo harás, porque antes hablo yo con el gigante. (A voces.) ¡Gigante! ¡Gigante!
CENT. 1.º ¡Qué noble corazón!
CENT. 2.º ¡Qué generosos sentimientos!
V. GTE. ¿Qué pasa? ¿Quién eres, vestida de rosa?
M.-SOL. Soy tu bombón, ¿sabes? Soy la princesa Mary-Sol.
V. GTE. Muy bien. ¿Te has puesto de acuerdo con tu papá?
M.-SOL. No; pero es igual. Me voy contigo.
EL REY. (Por lo bajo, a su hija.) Las niñas no son desobedientes.
M.-SOL. (A su padre.) Los Reyes no son egoístas.
V. GTE. ¿Cuándo nos vamos?
M.-SOL. Ahora mismo, si quieres.
V. GTE. Pues ¡hala!
M.-SOL. ¿No harás nada malo a mi país?
V. GTE. Nada. Lo prometo.
M.-SOL. ¿Tendrás cuidado dónde pisas?
V. GTE. Andaré de puntillas.
M.-SOL. ¿Veis qué fácil ha sido? ¡Adiós, papá!
EL REY. ¡Hija mía!
M.-SOL. ¡Adiós, amigos míos! ¡Adiós, ministros; adiós, soldados; adiós...!
MAGEN. Yo os acompaño, Alteza.
M.-SOL. ¡Adiós, adiós!
CENT. 2.º ¡Viva la princesa Mary-Sol!
CENT. 1.º ¡Cállate, idiota! ¿No ves que el Rey está llorando?
CENT. 2.º ¿No ves que nos ha salvado a todos?
CENT. 1.º Pero ella se ha sacrificado.
CENT. 2.º Pues por eso digo: ¡Viva la princesa Mary-Sol!
TODOS. ¡Vival! ¡Vival!

TELÓN

ACTO TERCERO

La escena representa la casa del gigante Tragabueches; pero como la casa es tan grande, correspondiendo así a la categoría de su dueño, y nuestro teatro es tan pequeño, como corresponde a un teatro de juguete, la acción de este acto tiene que desarrollarse encima de

una mesa de casa del gigante. Allí pueden verse cómodamente la princesa Mary-Sol y su acompañante Magencio. Del gigante sólo veremos algunos pedazos, pues ya sabéis que no cabe entero en nuestro escenario.

Al levantarse el telón están sobre la mesa la princesa y Magencio.

MAGEN. ¡Hi! ¡Hi! ¡Hi! ¡Hi! (Llora como un desconsolado.)
LA PRINCESA MARY-SOL. No llores, hombre. Verás cómo no pasa nada.
MAGEN. ¡Hi! ¡Hi...! Es que me da mucha pena que se coma ese tío a mi princesita.
M.-SOL. ¡Qué se le va a hacer, hombre! Preferible es esto a que se arruine todo nuestro pueblo, ¿no comprendes?
MAGEN. Yo no comprendo nada, no quiero comprender nada. Me dan ganas de tirarme de cabeza desde esta mesa al suelo. ¡Si no fuera porque tiene una altura de más de treinta metros y me puedo matar...!
M.-SOL. ¡Qué bruto! ¿Serías capaz?
MAGEN. No, no sería capaz. Eso es lo triste. ¡Hi! ¡Hi! No soy capaz de nada y me voy a quedar sin mi princesita. ¿Para qué quiero yo la vida después de esta desgracia?
M.-SOL. No te preocupes por eso. A lo mejor, te come a ti también el gigante.
MAGEN. No será a lo mejor, sino a lo peor. Además, yo no quiero que me coman. Me da mucho miedo. Prefiero quedarme triste, pero vivo.
M.-SOL. Todos los hombres sois lo mismo. Parecéis este mundo y el otro, y luego sois capaces de desmayaros por haberos pinchado un dedo con la punta de un alfiler.
MAGEN. Yo no me desmayo cuando me pincho un dedo con la punta de un alfiler, como no sea que me haga daño. Y de eso a que se lo coman a uno, hay diferencia...
M.-SOL. ¡Que dijera yo eso, que al fin y al cabo es a quien se va a comer el gigante!...; pero ¡que lo digas tú! Sobre todo, no hay que perder las esperanzas. ¿Quién te dice a ti que no me puedo librar de ser comida?
MAGEN. ¿Es posible? ¿Tiene vuestra alteza algún plan de fuga?
M.-SOL. Aunque lo tuviese, no se resolverá nada. El gigante, al darse cuenta de mi escapatoria, se pondría furioso y se iría al reino de mi padre a hacerlo pedazos.
MAGEN. Entonces, no lo entiendo.
M.-SOL. Porque eres muy bruto.
MAGEN. ¡Hi! ¡Hi! ¡Hi!
M.-SOL. ¿Otra vez lloras?
MAGEN. Sí; pero ahora es porque me da mucha pena de ser tan bruto...
V. GTE. (Desde lejos.) El chocolate. ¡Cuidado con el chocolate! Como se os pase el punto, os la habéis ganado.
MAGEN. ¡Ay, que viene! ¡Que viene!
M.-SOL. Sí.
MAGEN. ¿Por qué no tropezará con algo? ¿Y si se resbalara? Si lo llego a saber, doy cera al suelo.
M.-SOL. No seas tonto. Para hacer resbalar al gigante necesitarías, por lo menos, quinientas arrobas de cera.
MAGEN. ¡Es verdad! ¡Hi! ¡Hi! ¡Hi!
M.-SOL. ¿Por qué lloras ahora?
MAGEN. Porque ¿de dónde saco yo quinientas arrobas de cera?
M.-SOL. Mira, Magencio: vete al otro extremo de la mesa, donde está mi equipaje. Escóndete detrás del cenicero del gigante, que es tan alto como una casa de dos pisos. Tápatelo bien los oídos... Para que no te enteres de lo que pase y no me encojas el corazón con tus gemidos. Allí, muy quietecito, te esperas a que yo te llame.
MAGEN. ¿Cómo voy a oír cuando me llamen si me tapo los oídos?
M.-SOL. Es que como no te pienso llamar...
MAGEN. ¡Hi! ¡Hi! ¡Hi!
M.-SOL. Pareces un grifo. Anda, vete, que viene ese señor.
MAGEN. ¡Señor! ¡Qué señor ni qué ocho cuartos! Eso no es un señor; eso es un tío... un tío animal... un...
V. GTE. (Más cerca.) Bueno, bueno.
MAGEN. (Alzando la voz con mucho miedo.) ... un caballero muy simpático y muy bien educado y muy caballero. Hasta la vista, alteza. Ya sabe dónde me tiene: detrás de ese cenicero que se ve a lo lejos, a dos kilómetros de mesa.
M.-SOL. Adiós, hombre. (Vase Magencio contentiendo los gemidos.)
V. GTE. (Ya muy cerca.) ¡Eal! Aquí estoy ya, alteza serenísima.
M.-SOL. Para comerme con chocolate, podía usted ahorrarse esos cumplidos.
V. GTE. No tiene que ver una cosa con otra. Además, todavía no está a punto el chocolate. Hasta entonces, podemos ser amigos, si quieres.
M.-SOL. ¿Tardará mucho el punto del chocolate?
V. GTE. Unos cinco minutos.
M.-SOL. Entonces tenemos tiempo de ser amigos. Hay amistades que se han hecho en menos tiempo. (Un silencio.) ¿No me contesta usted? ¿Le pasa algo?
V. GTE. Me pasa, me pasa que me está doliendo un callo.
M.-SOL. ¿Un callo?
V. GTE. Sí. ¡Ay, ay, ay!

(Continuará en el número próximo.)

HISTORIAS DE ANIMALES

EL ÚLTIMO DRAGÓN

Siete cabezas salidas de un mismo punto de tronco, siete cuellos largos para llegar a las siete cabezas, siete cuellos y siete cabezas como siete percebes mudos o como un manojo de boquerones fritos. Las cabezas hacían un abanico, y eran todas horribles, feroces, a cual más espantosa, con dientes muy largos, muy negros y muy afilados; con ojos muy grandes, muy redondos, encendidos por dentro como faroles; la boca muy grande, y en ella, retorciéndose, una lengua larga, que despedía llamaradas de azufre...

Lo demás, como todos los dragones de alguna importancia: alas de murciélago, cuerpo y cola de cocodrilo, con grandes escamas de pez, garras de león y cuernos de cabra montés.

Vivía en una cueva. Esto les pasa a todos los dragones, porque nadie quiere cederles un pisito amueblado. Vivía en una cueva, pero cuando tenía hambre...

Cuando tenía hambre asomaba fuera la cabeza de guardia, la que tenía que estar despierta mientras las otras dormían, y su nariz de monstruo olfateaba el paisaje, mientras los ojos miraban, avizores, tragándose horizontes.

Y si salía de la cueva, era para echarse a temblar, pues no había duda que algo hubiera visto, oído o escuchado.

Entonces, no había rebaño, ni pueblo, ni ciudad en paz. El dragón se comía cuanto se le ponía por delante. Sus siete

bocas hambrientas tragaban personas enteras como nosotros granos de arroz. En los alrededores, todo el mundo temía al dragón, y muchos emigraban hacia otras tierras por miedo de encontrarse algún día con la desagradable visita del dragón.

Entonces es cuando realmente comienza mi historia. Llegó a aquella comarca una familia extranjera, que venía buscando el clima cálido para un niño de nueve años, llamado Pepito.

Como eran forasteros, no sabían una palabra de lo del dragón, y creyeron que aquel país sería bueno para instalarse. Entonces, el padre decidió comprar una casa en el campo.

Entre los del pueblo se corrió la voz, y uno de ellos les fué a vender, muy barata, una casa preciosa, con su jardín, su huerta y todas las mejores cualidades de una casa de campo, pero con el pequeño defecto de estar a un kilómetro escaso de la cueva del dragón. El dueño de la casa fué tan infame que se la vendió a los extranjeros sin decirles el peligro que corrían con aquella vecindad. El muy bandido pensó:

—Cuando el dragón se los coma a todos, me volveré a guardar mi casa, y así tendré casa y dinero.

Y se frotaba las manos de gusto, mientras la familia de Pepito tomaba posesión de la casa.

Al principio todo fué muy bien. El sitio era encantador y el aire del campo les sentaba a todos a maravilla, sobre todo a Pepito, que se pasaba el día jugando por el jardín y por el bosque cercano con sus cinco hermanitos.

Pero el dragón no tardó en darse cuenta de la proximidad de aquella familia. Un día, salió de su cueva, llegó al bosque y se tragó a un niño que, escondido detrás de un árbol, gritaba: «¡Orí!» a otros niños más lejanos, que jugaban con él al escondite.

Cuando Pepito volvió con sus cinco hermanitos, notó que faltaba uno porque no había más que cuatro.

Lo buscó la familia inútilmente. No aparecía por ninguna parte. Pero lo peor fué que a los dos días faltó otro niño, y así fueron desapareciendo los cinco, uno tras otro,

y no quedó más que Pepito, que para jugar al escondite tenía que esconderse detrás de un árbol y decirse:

—Ahí te quedas, Pepito.

Y, después, él se ponía a buscarse por todo el bosque, hasta que encontraba el árbol donde se había escondido, y, entonces, se volvía a esconder.

Cuando volvió una tarde a su casa, vió que faltaba la abuelita, por lo que estaban todos muy apenados. Al día siguiente, faltó el abuelo, y, luego, papá y mamá, los tíos y los criados, hasta tal punto que Pepito se quedó sólo en la casa, y con poca suerte, porque mientras él estuvo un día en el bosque, le buscó el dragón por toda la casa, y otro día que él se quedó en casa le estuvo buscando el dragón por todo el bosque hasta que se convenció el dragón de que se había comido a toda la familia. En vista de eso, llegó el dragón hasta el pueblo y se comió más de cien personas. Mientras, Pepito, había fraguado su plan de venganza. En ausencia del dragón llegó hasta la cueva y colgó unos letreros que decían:

Los dragones y los osos
deben ser muy estudiosos.

Si no estudias Geometría,
no podrás comer sandía.

Y si no estudias Historia,
no comerás zanahoria.

Gramática estudiarás,
y a todos te comerás.

Si quieres ser buen dragón
debes ser un empollón.

Cuando volvió el dragón, y leyó los letreros, se puso muy triste, y pensó:

—Es verdad. Estoy hecho un ignorante. No sé de nada. Desde hoy voy a estudiar mucho para poder ser un buen dragón y comerme el mundo entero. Pero ¿dónde encontraría yo libros?

Pepito ya lo tenía previsto. Al día siguiente, dejó siete libros en la cueva del dragón: una Gramática, una Aritmética, una Historia, una Geometría, un Latín segundo curso, una Psicología y un Catón de Casa Calleja.

Cuando volvió el dragón y se encontró los libros, decidió estudiar en seguida, y con cada cabeza se puso a leer cada uno de los libros.

Si hubiera estudiado con todos sus sentidos y sus cabezas un libro detrás de otro, hubiera llegado a ser un sabio; pero se empeñó en estudiarlo todo a un tiempo y se hizo un lío con tanta cosa. Además, al querer aprenderse el libro de texto, cada cabeza decía en voz alta la lección:

—El artículo es la parte de la oración...

—Cinco por ocho cuarenta, seis por ocho...

—Ataulfo, Sigerico, Walia...

—La suma de dos ángulos rectos...

—Musa, musae, musarum...

—El alma, según Aristóteles...

—Ba-la, Ba-ta, ba-za...

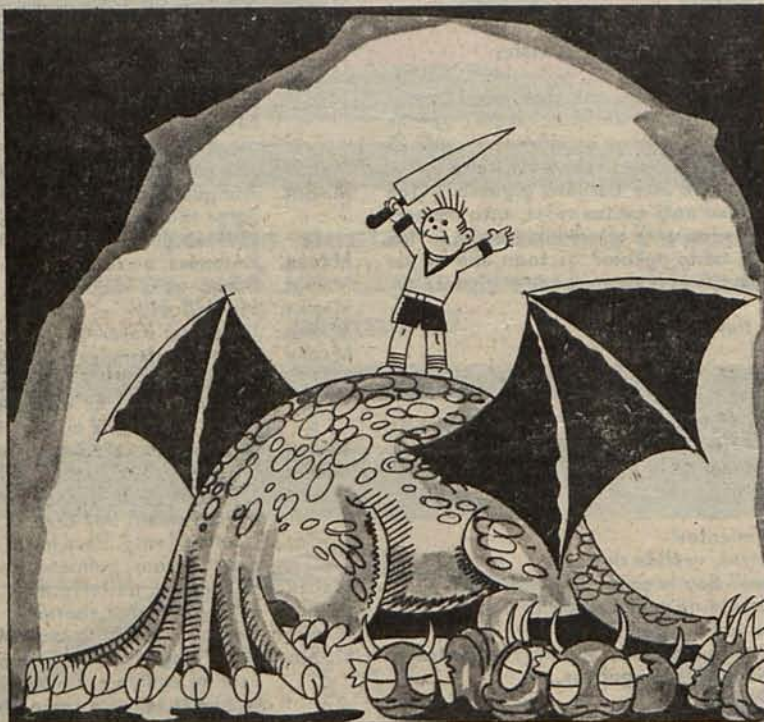
Así, con aquel lío en voz alta, a las cabezas les entró dolor de cabeza y se quedaron mareadas. Entonces, Pepito, con el cuchillo de la cocina le fué cortando las cabezas y luego, le abrió el vientre, de donde salió toda la familia de Pepito y toda la gente del pueblo, que gritó:

—¡Viva, viva nuestro salvador!

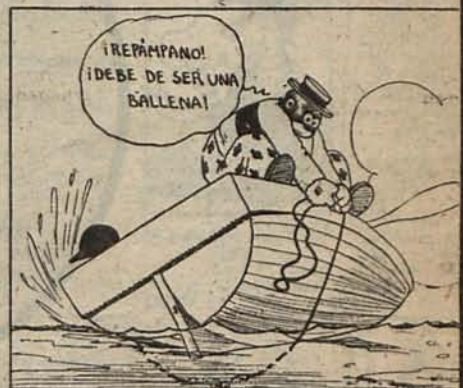
Y le nombraron duque de aquel país, y alcalde a su papá.

Y la casa de campo se convirtió, por suscripción pública, en un magnífico palacio.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.



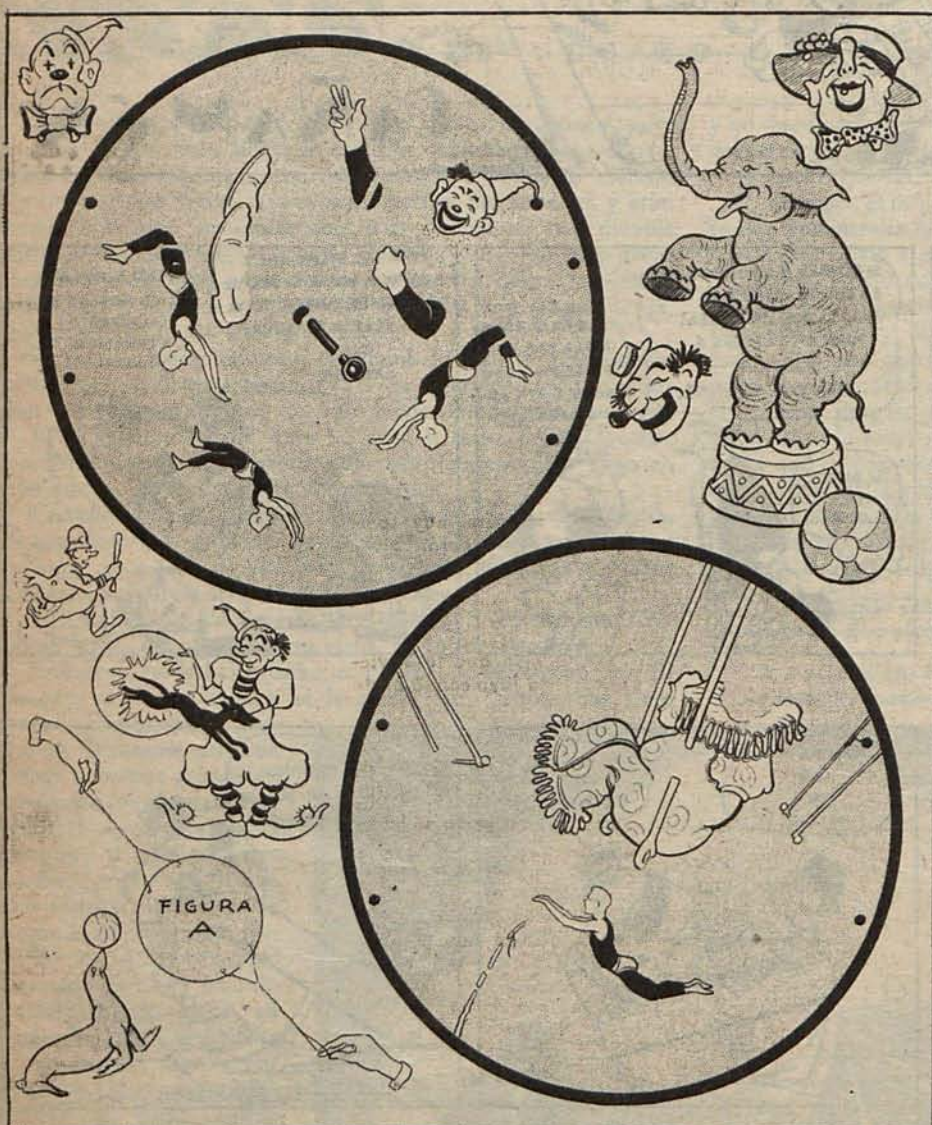
POLIPÁN Y CAÑAMÓN



CONCURSOS PERMANENTES

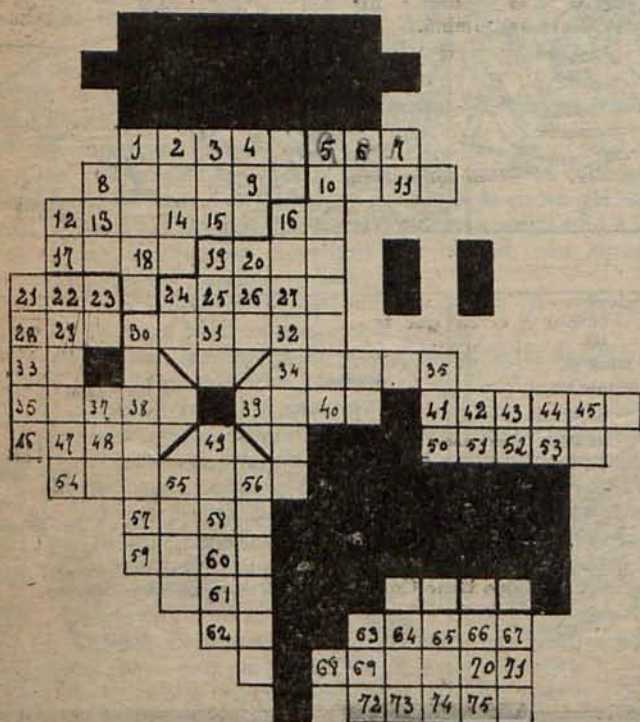
EL DE PROBLEMAS

EL CIRCO



Recortad los dos círculos y pegadlos sobre otro círculo de cartón fuerte de modo que coincidan los puntos negros. Una vez pegado y bien seco agujeread estos puntos negros y pasad por ellos un hilo como indica la figura A. Retorcéd los dos hilos todo lo que el cartón permita; cuando esté bien retorcido separad las manos lentamente, y al irse desarrollando los hilos veréis con sorpresa una escena de circo. Con las demás figuras que hay fuera de los círculos, recortándolas y pegándolas sobre cartulina os construiréis un bonito juguete.

DON TURULATO



INDICACIONES

HORIZONTALES

- Nombre de mujer.—5. Del alumbrado.—6. En la baraja.—8. Bul to que sale en las encías.—9. Terminación de aumentativo.—10. Consonantes.—11. Tiempo de verbo.—12. Mineral.—15. Consonante.—16. Notas.—17. Nombre de mujer.—18. Vocales.—19. Imperativo.—21. Palmípedo.—22. Nombre de letra.—24-25-26. Tiempos de verbo.—27. Pronombre.—28. Flor.—29. Vocales.—30-31. Tiempos de verbo.—32. En la baraja.—33. Del latín.—34. Bebida.—36. Para limpiar las botas.—38. Artículo.—39. En Galicia. 40. En la baraja.—41. Cambio brusco que experimenta la corriente de un río.—43. Parte del cuerpo.—45. Nota.—46. Nombre moro.—47. Gran masa de agua.—48. Abreviatura de Alteza Real.—50. Tiempo de verbo.—51. En las máquinas.—52. La primera mujer.—53. Se dice en el «tennis».—54. Verso.—56. Adverbio de afirmación.—57-60. Aspiraban antiguamente para estornudar.—58. Letra.—59. De Artillería.—60. Vocales.—61. Artículo francés.—62. Lo mismo que el 48.—63. Fruto.—66. Final de aumentativo.—68. Esposo.—70. Nota.—72. Habitaciones.—73. En los sombreros.—74. Artículo.—75. En la baraja.

VERTICALES

- Consonantes.—Marquesado español.—3. Abreviatura de Estado Mayor Central.—4. Personaje de la Biblia.—5. Ciencia.—6. Contracción.—7. Pronombre.—8. Término, cabo...—12. Afirmación.—13. Palabra latina.—14. Vocales.—16. Tela.—18-19. Tiempo de verbo.—20. Lo mismo que el 47 horizontal.—21. Sin ortografía. árbol.—22. Cine.—23-24. En la baraja.—25. Signo aritmético.—30. Logrero.—35. Tiempo de verbo.—37. Indica igualdad.—41. Nota.—42. Artículo.—43. Letra.—44. Al revés y con una S al final, pronombre.—45. Tiempo de verbo.—48. Contracción.—49. Bóveda.—55. Sin ortografía, lo que arrojan los volcanes en erupción.—56. Oficio.—57. Letra griega.—61-63. Artículo.—64. Cólera.—65. Número.—66. Verso.—67. Pronombre.—69. En la baraja.—70. Tiempo de verbo.—71. Pronombre.

LUIS FLÓREZ DE LOSADA Y HERRERO.
Doce años. Segovia.

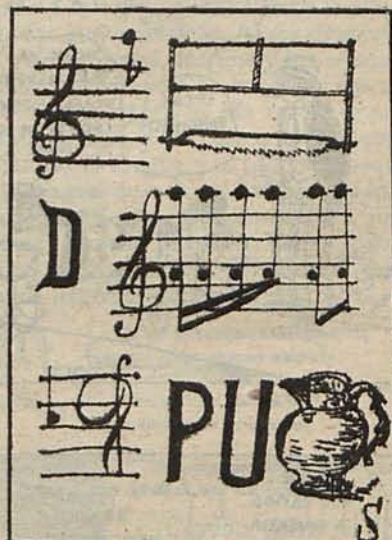
131. P. Sección B.

JEROGLÍFICOS



128. P. Sección A.

RAFAEL SIERRA.
Nueve años. Madrid.



129. P. Sección A.

MARÍA TERESA BENEITO.
Nueve años. Madrid.

TRIÁNGULO

- ● ● ● ● Sustituir los puntos
- ● ● ● ● por letras de forma que
- ● ● tanto horizontal como vertical-
- ● mente se lea: Especie de crisol peque-
- ño.—Decadencia.—En el juego de pelota.—

Pronombre.—Artículo.

130. P. Sección B. Trece años. Cabeza de Buey.

PEDRO RUIZ.

Las condiciones completas de estos Concursos y sus premios se han publicado en núms. anteriores de PINOCHO.

CONCURSOS PERMANENTES

DIBUJOS :: HISTORIETAS :: CHISTES ILUSTRADOS :: CHISTES SIN ILUSTRAR :: CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR

DIBUJOS



Descubrimiento de América.

AURELIANO VALENZUELA.
Ocho años. Buenos Aires.

643. D. Sección A.



El enemigo de Pinocho.

GREGORIO DE LA CRUZ. — Trece años. San Sebastián.

644. D. Sección B.



Pinocho, judío.

J. S. A.
Trece años. Gijón.

645. D. Sn. B.



Pirula y una holandesa.

JOSEFINA GARCÍA.
Once años. Cángas de Onís.

645 bis. D. Sección B.



Una parejita.

CARMEN DEL BUSTO.
Doce años. Madrid.

646. D. Sección B.



Nuevo abanico.

JOSÉ BERNARDO.
Once años. Cintruénigo.

647. D. Sección B.



Ricardo Zamora.

JAIME LOIS.
Nueve años. Madrid.

648. D. Sección A.

Cuento.

Don Juan era un millonario; pero de esos millonarios limpios de bola y sin un níquel en el bolsillo.

Andando errante un día por las calles de Panamá, encontró un perro; éste tenía una pata dolorida. Don Juan, como era muy compasivo, le llevó a su palacio situado en un zaguán, y le curó. El perro, agradecido, nunca se separaba del millonario.

Don Juan le daba lecciones matutinas a su can.

Un día el señor Juan, limpio de bola como siempre, y no teniendo para comer, dispuso poner las lecciones que le daba a su perro en juego. Para lo cual entró en un gran hotel e hizo que le sirvieran de los mejores manjares que en él había. Don Juan comió hasta reventar, y su perro también.

Luego vino el mozo del hotel y le presentó la cuenta, que era más de cien duros.

El millonario hizo seña a su perro; éste cogió el sombrero de su dueño y salió corriendo.

Don Juan le dijo al mozo que se esperara, que un perro se había llevado su sombrero.

El mozo que había visto al perro llevarse el sombrero, y confiado del millonario, le dejó ir sin pagarle, atendido a lo que le dijo: que volvería.

El mozo se quedó esperando, y le esperará toda su vida.

JUAN A. VALDÉS.
15 años. Panamá.

80. C. Sección B.



Soldado español del siglo XVI.

LUIS GÓMEZ.
Diez años. Laredo.

649. D. Sección B.



Don Roque.

FRANCISCO JOSÉ SILVA.
Diez años. Montevideo.

650. D. Sección B.



Mi flor favorita.

HORTENSIA CLAVERIE.
Ocho años. Madrid.

651. D. Sección A.



Duelo a muerte.

ADOLFO ESCUDER.
Trece años. Zaragoza.

654. D. Sección B.



En la India.

GONZALO ZABALETA.
Siete años. Madrid.

657. D. Sección A.



Samitier, visto por ISIDRO GARCÍA.

Trece años. Avilés.

659. D. Sección B.

La Princesita Florencia.

En los tiempos del Rey Perico y en un país de las Mil y una noches, había unos Reyes que estaban muy tristes porque no tenían hijos. Un día iban por el jardín y vieron que algo se movía en una rosa; era una niña pequeñita y la prohiaron, llamándola Florencia. Sus padres la querían mucho. La Princesita no crecía, y los Reyes no sabían lo que le pasaba; hasta que se les apareció un hada y les dijo que tenían que encontrar una cosa maravillosa. Entonces, todos los príncipes fueron a buscarla, y uno de ellos llamado Felipe encontró un libro titulado: «Aventuras de Pinocho». Entonces la Princesa le miró, y empezó a crecer, a crecer, hasta que se hizo una mujer, siendo muy guapa. Se casó con el Príncipe Felipe; fueron muy felices, y tuvieron muchos hijos, regalándoles a todos: «Aventuras de Pinocho». Colorín colorado, mi cuento se terminó.

FLORENCIA DE VIAL DE VIAL.
9 años. Cartagena.

81. C. Sección A.

¿En qué se parece Romanones a un huevo?
En que Romanones es conde y el huevo es con ache.

ANTONIO PÉREZ.

47. CH. Sección B. Diez años.

¿Cuál es el colmo de la velocidad?

¡...! Llegar antes de haber salido.

ANTONIO VILDASOLA.

48. CH. Sección B. Trece años. San Sebastián.

¿Cuál es el colmo de un dentista?

Empastar la muela de Arés.

FRANCISCO SÁINZ Y SANZ.

49. CH. Sección B. Doce años. Guadalajara.

¿Cuál es el colmo de un zapatero?
Cosar un balón con un cabo de vela.

FEDERICO SERRANO.

50. CH. Sección A. Ocho años. Madrid.

¿Cuál es el cereal que todos tenemos en el cuerpo?

¿...?

La avena.

MIGUEL A. RÓDENAS.

51. CH. Sección B. Trece años. Madrid.

¿En qué se parece San Sebastián a una tortuga?

¿...?

Pues... en que tiene Concha.

M. INFANTE.

52. CH. Sección B. Doce años. Madrid.



El terror de los pieles rojas.

JOSÉ CERÓN.
Trece años. Algeciras.

655. D. Sección B.



Mi hermana.

LUCINA SARMIENTO.
Cangas.

656. D. Sn. B.



Una chula y una marquesa.

ROSARIO CASTAÑOS.
Diez años. Madrid.

658. D. Sección B.



El desayuno de Antonio.

RAFAEL BRAVO.
Ocho años. Valladolid.

660. D. Sección A.



El reloj de mi abuelo.

JOSÉ M. BERNIER.
Siete años. Madrid.

661. D. Sn. A.

Las condiciones completas para este Concurso y sus premios se han publicado en núms. anteriores de PINOCHO

GRAN SORTEO DE REGALOS DE NAVIDAD

CUADRÍCULA para enviar los Cupones 1 al 7 y obtener su canje por 100 números para el Gran Sorteo de Regalos de Navidad.

El Pinochista

que vive en

provincia de

calle de

N.º

Pónganse con mucha claridad las señas del Pinochista que hace el envío en esta hoja, y, en unión de la Cuadrícula con los 7 cupones para el GRAN SORTEO DE REGALOS DE NAVIDAD, envíese a la Editorial «SATURNINO CALLEJA», Apartado 447.-Madrid.

Los Pinochistas residentes en Madrid pueden hacer el envío, en mano, a nuestra redacción, calle de Valencia, núm. 28; los de provincias deberán enviar ochenta céntimos si quieren que se les remitan los 100 números certificados, o cincuenta céntimos si los quieren sin certificar.

Las cuadrículas que recibamos incompletas o con las señas ilegibles se considerarán nulas.

El plazo de admisión para estos cupones terminará el 15 DE ENERO PRÓXIMO, teniendo lugar el sorteo antes del 30 de dicho mes.

PÉGUESE AQUÍ EL
CUPON NUM. 1

PÉGUESE AQUÍ EL
CUPON NUM. 2

PÉGUESE AQUÍ EL
CUPON NUM. 3

PÉGUESE AQUÍ EL
CUPON NUM. 4

PÉGUESE AQUÍ EL
CUPON NUM. 5

PÉGUESE AQUÍ EL
CUPON NUM. 6

PÉGUESE AQUÍ EL
CUPON NUM. 7

CORRESPONDENCIA

Angel del Campo.—Con mucho gusto publicaría tu trabajo para que, con su publicación, obtuvieras otros 100 números para el próximo sorteo. Pero no hay tiempo. Muchos trabajos están esperando, desde hace tiempo, la hora de salir en PINOCHO, y sería injusto colocar el tuyo a la cabeza de todos. Tú lo comprenderás así, amigo Angel. Por otra parte, no te ves desamparado. Eres suscriptor, según creo, y por este hecho ya tienes 100 números, y como sin duda me mandarás, a su debido tiempo, la colección de cupones, tendrás motivo para otros 100. ¿Puedes desear más? ¡Ya lo creo! Pero en este caso ya no puedo hacer nada, si quiero seguir siendo Pinocho, el justiciero.

Consuelito Alonso. (Madrid).—Tu rompecabeza no pasa, no pasa como tal rompecabeza. Razón: Si damos la línea de puntos, todos los Pinochistas, incluso los de cuatro años, la seguirán con el lápiz sin romperse la cabeza, esto es, sin esfuerzo alguno. Sin embargo —y fíjate a dónde llega mi corazón—, como la solución de tu pasatiempo es preciosa, un dibujo perfecto, la daré como tal dibujo. ¿Te place? Yo creo que comprenderás mi buena fe.

Adiós. Besos de Pirula, abrazos de D. Turulato y Currínche.

¡Ah! me olvidaba: Lo demás, todo lo demás saldrá a su tiempo.

José Cerón. (Cádiz).—¡Oh, tu carta, tu hermosa y deliciosa carta, la que me remites para publicarla en PINOCHO! ¡Cuánto lo siento, querido Pep! Pero tú conviendrás conmigo en que esas noticias no pueden ser de un interés seguro para los lectores de mi Revista. En literatura, hablando en verdad, sólo es admirable el cuento y el chiste, y como tú puedes hacer, de éstos y aquellos, una cantidad considerable, eludo tu carta —la califico, ya has visto, de hermosa y deliciosa— para esperar la hora en que me remitas nuevas cosas. Un abrazo mío, y otro de Pirula, y otro de D. Turulato y Currínche.

Elia de Mendoza y Gómez (Madrid), María G. de la Hija (Madrid), José Belmonte Cuartero (Alcázar de San Juan), Jaime Quiroga (Madrid), Juan Carre. (Madrid).—Mis queridos amiguitos: Lamento considerablemente vuestro olvido. Es una pena, mis buenos Pinochistas, que os quedéis sin los números que podéis adquirir con los cupones. ¿Por qué me mandáis éstos antes de tiempo, sin esperar a tener la colección completa? En este caso, yo no puedo hacer otra cosa que advertir vuestro error para que no continúe. Es una pena que Pinochistas tan inteligentes como vosotros se vean privados de los 100 números para el sorteo próximo.

Luisito Conde. (Torres-Torres, Valencia).—He recibido tu simpatísima carta. ¿Qué voy a decirte? Tantos elogios me prodigas, que apenas si he tenido ánimo para releer tu epístola, pues estos elogios, no obstante serme diarios, no llegan a serme familiares. Tu carta me emociona profundamente, y ya quisiera yo poder complacerme en esta ocasión. Pero no puedo. Tu cuento ha de guardar turno como todos los cuentos. Tu cuento es muy hermoso, pero no por ello cuenta con más prerrogativas que los demás. Hemos de ser justos, he de ser justo. Así debo ser en todas las ocasiones. ¿No te parece? Cuando le llegue su turno saldrá tu obra, la cual, si hubiera de publicarla, no por orden de recepción, sino por méritos propios, ya debiera estar en las páginas de PINOCHO.

José Molina Villega. (Ceuta).—Tus dibujos han llegado en muy mal estado, esto es, a lápiz. Ello supone una dificultad para su publicación. Otra vez que me remitas trabajos procura una buena tinta negra.

José Esquivias. (Sevilla).—Tu gran emoción me entusiasma, querido Pepe. No puede menos de entusiasmarme. Saldrá en las páginas de PINOCHO y obtendrá, al cabo, su éxito, el que verdaderamente se merece.

José M.º Moreno. (San Fernando).—Mi buen amigo: No puedo tener culpa en este asunto. De todas formas, perdona. Puse en tu dibujo un «A. R.» en vez de J. M., como son tus verdaderas iniciales, por una equivocación, en la cual, desde luego, no tendrás tú escasa culpa, pues estoy por asegurar que la letra del cupón no sería muy clara. De todas formas, vuelvo a repetirme, perdóname. Te prometo, además, que no se repetirá otra vez esta equivocación, siempre que coloques al pie de tus dibujos una letra clarita. En cuanto a los dibujos que me remites, ya puedes suponer lo que voy a decirte: Me encantan. Abrazos, besos, apretones de manos.

Antonio Barrios Domínguez. (Buenos Aires).—A tu disposición, querido Antonio. Mándame los dibujos que quieras, los trabajos que quieras. ¿No ves a Buenos Aires, tu ciudad, colaborando en PINOCHO?

A tu disposición.

San Antonio Salcedo. (Sevilla).—¡Tinta negra!

PINOCHO

CUPÓN DE CONCURSOS

DEL NUM. 44 El Pinochista D.

de años, y cuyas señas son

remite un trabajo para el Concurso de (1).

Fecha (Si es suscriptor, poner el número)

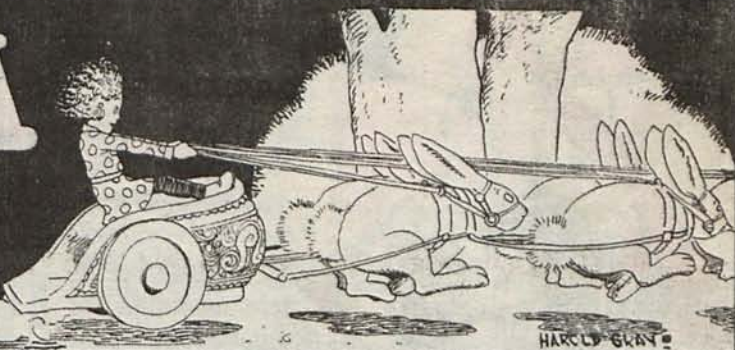
(1) Indicar el qué sea. Léed bien las condiciones: si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concursos PINOCHO. Apartado 447. — Madrid.

SORTEO DE REGALOS DE PINOCHO

NAVIDAD-REYES DE 1925

CUPON NUMERO 7

ANITA BUEN- CORAZON.





SECCIÓN PIRULA

PIRULA, MODISTA

Un sweater. —

Estos «sweaters» que ahora están más de moda que nunca, son muy estimados a la vez

por las niñas y por las mamás. Por las mamás, porque les permiten realizar una seria economía en el vestuario de sus destrozadas hijitas, reemplazando solamente la parte superior de sus trajes, que es aquella que antes se usa. Y las niñas, tan contentas de tener así un surtido de blusas que vienen a ser como otros tantos trajes..., a mitad de precio.

En estas prendas, como en todo el vestuario infantil de hoy, reina una gran sencillez de línea que no excluye la variedad y la originalidad, gracias a las combinaciones de coloridos y a algún que otro adorno ingenioso.

Tan fácil de cortar es el adjunto modelo, que bien puede vuestra mamá utilizarlo para daros vuestra primera lección de corte.

El tejido utilizado debe ser opaco y, a ser posible, de lana. Si sois morena, os aconsejo la disposición de tonos del grabado; si sois rubia, lo contrario, verde con franja amarilla (como los «taxis» de a 0,60, ¿verdad?). También resultará precioso en rosa, rojo, naranja o ladrillo, con franja negra o azul marino.

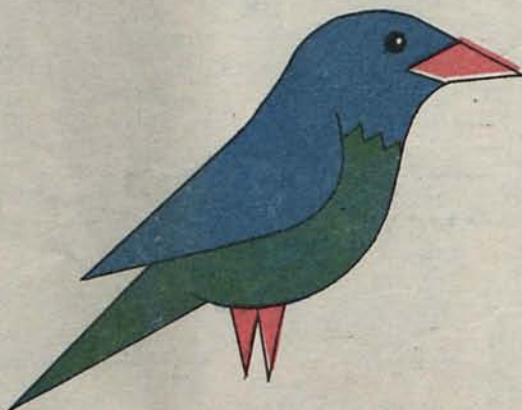
Podéis ponerle también un cuellecito redondo, de muselina blanca, con un jaretón, o bordado y festoneado en colores que recuerden los de la blusa y la franja.

Y podéis sustituir el pajarillo hecho en telas recortadas, unidas a punto de festón negro, por un bolsillo; de éstos os di ¿os acordáis? numerosos modelos.



Como podéis ver, sobre este patrón sencillo caben infinitas variaciones.

□ □ □



Limpia plumas.—Una de las grandes alegrías de los colegiales, dignos de este nombre, es estrenar las plumas.

Pero la satisfacción de escribir con una pluma nueva es efímera; al día siguiente la pobre plumilla suele estar ya vieja.

Nada más fácil, empero, que lograr que las plumas de escribir se conserven nuevas mucho

tiempo; basta para ello con limpiarlas siempre, después de usarlas.

Y esto os dará un excelente pretexto para fabricar vosotras mismas el limpia plumas que adjunto veis reproducido.

Estos limpia plumas suelen hacerse en paño, lo cual es una grave equivocación, pues cualquier tejido de éstos suelta pelillos sumamente molestos para el caso.

Lo más práctico es emplear la gamuza, el ante o el revés de la piel de cabritilla; seguramente vuestra mamá os regalará para ello dos o tres guantes largos, de distintos pares, a fin de que el limpia plumas sea de varios colores.

Si no podéis disponer de piel negra, haced el primer redondel en paño, y, en piel blanca, amarilla, gris o marrón las dos estrellas y el redondel más pequeño, que van recortados y cosidos por el centro con tres gruesas puntadas —la nariz y las cejas del sol—; para la boca, se recorta en el redondel superior un semicírculo, que deja aparecer la otra capa de piel, de distinto color, que va debajo.

En cuanto a los ojos, nada mejor que coser en el lugar oportuno dos botones de bota.

¡Y ya está!

